héroes del ESPACIO

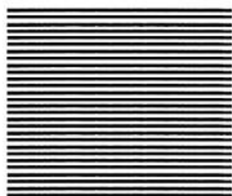
NOVELAS ECSA

ALGUIEN LLAMADO «HOMBRE»

ELLIOT DOOLEY

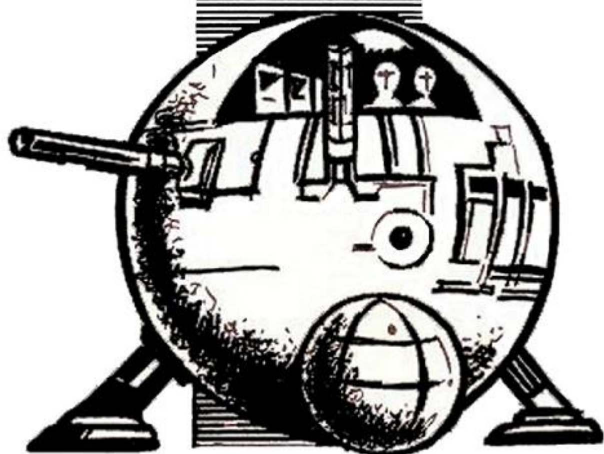


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ELLIOT DOOLEY

ALGUIEN LLAMADO «HOMBRE»

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 140
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 35.177 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: diciembre 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

133— ***Vidas sin fin.*** Lem Ryan.

134— *Alucinación colectiva,* **Law Space.**

135— *La venganza de Caronte.* ***A. Thorkent.***

136— ***Lluvia roja.*** Joseph Berna.

137— ***El planetoide.*** Robert Quant.

138— ***Planetas gemelos.*** Joseph Berna.

139— *El regreso.* Burton Haré.

¿PRINCIPIO?

Año 2005. Fin de la Tercera Guerra Mundial.

El mundo había quedado dividido en dos grandes bloques o potencias: La UNION DEL OESTE, por un lado, y la CONFEDERACION DEL OESTE, por el otro.

Entre ambas zonas existía una gran similitud respecto a riqueza y capacidad económica, al igual que en potencial bélico tanto agresivo como defensivo. Pero había algo más que las igualaba: el ansia de poder.

Los hombres que regían los destinos de la Unión, o los que mandaban en la Confederación, tenían un mismo deseo: dominar por completo a sus rivales, sojuzgarlos... o exterminarlos.

La humanidad es así.

Y aquellos hombres no constituían ninguna excepción.

Por esta razón, tanto los de la Unión como los de la Confederación estudiaban incesantemente la forma y manera de atacar por sorpresa para conseguir las mayores ventajas, para lograr una victoria total, definitiva, aplastante...

De momento se mantenían alerta, pero a nadie se le escapaba ya lo inminente de la Cuarta Guerra Mundial. Una guerra en la que valdría más morir que salir de ella como sobreviviente, porque entonces sería encontrarse en un mundo caótico, abocado a una existencia más propia de brutos que de seres humanos.

Quienes podían decidir eran hombres, pero, por eso mismo, ellos estaban cavando ya su propia fosa.

La tumba de ese ALGUIEN LLAMADO HOMBRE.

CAPITULO PRIMERO

—El Mando ha sido informado de que se han producido incursiones en nuestra zona, komander Black. Es preciso averiguar de qué se trata y cuáles son los propósitos de tal acción.

El interpelado, en posición de firmes, miró con fijeza a su superior y preguntó:

—¿Cree que se trata de exploradores de la Confederación?

—Sí, komander. Precisamente.

—¿Quiere que envíe unas patrullas?

—No, Black. El Mando ha decidido que vaya usted solo y que además pruebe la nueva nave NUC-3X.

—¿El nuevo modelo de bombardeo, señor?

—Exactamente. Ya está todo dispuesto.

El komander Black saludó con rigidez militar y, tras dar media vuelta, abandonó el despacho de su jefe para encaminarse a la Base y partir para aquella misión.

* * *

La nave NUC-3X, el último prodigio de la técnica humana, había sido catapultada hacia el cielo, surcándolo ya en dirección a la zona de la Confederación.

Steve Black, komander de las Fuerzas Aéreas y Astrales de Seguridad de la Unión del Oeste —las F.A.A.S.O—, pensaba en la importancia de la misión que se le había confiado.

Con la cabeza recostada contra el respaldo del asiento, el hombre estaba atento a las indicaciones de la computadora de la nave que le señalaba se estaba aproximando peligrosamente a la zona que podía considerarse como enemiga.

Black accionó entonces los mandos y la hipernave se elevó aún más, sobrepasando los veintiún mil metros.

Unas luces en el tablero le indicaban que se encontraba ya en posición correcta para atacar sin posibilidad de fallo.

El komander pulsó un botón rojo que tenía sobre el tablero de instrumentos.

Inmediatamente las potentes cámaras de reproducción a larga distancia que poseía la nave comenzaron a dispararse, y en una

pequeña pantalla que Black tenía delante de él comenzaron a aparecer diferentes imágenes con la regularidad de una cada siete segundos.

Aunque la nave iba cargada de peligroso armamento nuclear, en este viaje de prueba sólo se reproducirían las imágenes de algunas de las bases nucleares del enemigo situadas en puntos estratégicos.

Si un día había una IV Guerra Mundial, el komander que pilotara una nave bombardera como ésta vería aparecer en la pantalla que tendría delante cómo, con una regularidad de siete segundos, irían quedando totalmente destruidas un importante número de bases enemigas.

El komander Black comprobó con satisfacción que todo funcionaba correctamente. Luego miró hacia abajo. El día era claro y soleado, con una excelente visibilidad.

Unos minutos después, los instrumentos del tablero de control le indicaron que la prueba había llegado a su fin.

Describiendo una amplísima curva, la hipernave cargada de potentes bombas nucleares, se dirigía a velocidad supersónica hacia su base militar.

Una vez la nave hubo dejado atrás el continente enemigo y sobrevoló el océano, el komander Black pudo relajarse en su asiento.

Su misión había terminado con éxito.

Volvió a descender hasta los diecinueve mil metros y conectó el piloto automático.

«Por suerte las condiciones meteorológicas son excelentes —pensó Black mirando complacido al exterior—. Tendré tiempo de descansar hasta la hora del aterrizaje.»

Cuando sólo faltaban un par de horas para tomar tierra en la base, vio encenderse la luz de alarma del tablero que tenía delante.

De improviso la nave cambió de rumbo.

Algo debía funcionar mal en el piloto automático.

Fastidiado, Black volvió a coger los mandos de la nave e intentó ponerla en el rumbo correcto para regresar a la base.

La nave no le obedecía y continuaba volando hacia un rumbo desconocido, como si una fuerza extraña se hubiera apoderado de ella.

Lentamente la nave comenzó a descender y Black logró divisar a lo lejos una gran mancha de color amarillo. Le extrañó sobre todo su

forma totalmente circular, sin ninguna imperfección en su contorno.

A pesar de su perfecta pero extraña forma, Black pensó que sería algún islote solitario en medio del océano.

Aferrado a los mandos, Black intentaba cambiar el rumbo y ganar altitud pero era inútil, la nave continuaba acercándose inexorablemente hacia el extraño islote.

Black no podía comprender lo que estaba sucediendo. El tablero de funcionamiento del aparato no daba ninguna señal de avería. En apariencia todo funcionaba con normalidad pero la nave no le obedecía. Ninguna de las maniobras que intentaba lograba volverla a su rumbo.

Todo era inútil.

Terminaría por estrellarse inevitablemente contra el islote.

Rápidamente presionó un botón verde que había en el tablero. Así quedaba automáticamente en contacto con la base aérea.

—Aquí el komander Black a la base —anunció—. ¿Me escuchan?

—Desde luego, komander —respondió una voz metálica—. Se le escucha perfectamente. ¡Hable!

—Algo funciona mal y he perdido el control de la nave. Realmente no sé qué está sucediendo. La nave está descendiendo. Me encuentro en medio del océano. Si tal como creo no puedo controlar este aparato y continúa su descenso terminaré por estrellarme irremediablemente.

—Podría darnos algún otro detalle.

—No. Es todo.

—Manténganos informados.

El komander Black pulsó el botón blanco que le dejaba fuera de la onda de escucha y volvió a comprobar los instrumentos del tablero de control.

Volaba a sólo mil setecientos metros de altura y se encontraba muy próximo al islote.

De pronto una luz intermitente se encendió en el tablero, en ella Black pudo leer:

O.K. ATERRIZAJE.

O sea que el tren de aterrizaje había salido y la máquina se encontraba a punto para tomar tierra.

«Es como si la nave estuviese siendo dirigida por un piloto invisible, por un fantasma...», pensó Black.

Súbitamente la nave descendió con brusquedad y Black, con una expresión de terror en su rostro vio como sólo le quedaban unos pocos metros para estrellarse contra ese islote que parecía atraerle como si fuera un imán.

Black aguardaba el momento de la gran colisión. Una terrible muerte le esperaba y él no podía hacer nada, ¡nada!

La nave NUC-3X enfilaba directamente al islote. En unos segundos colisionaría contra él.

De pronto aquel extraño islote se abrió por la mitad, como si fuera una gran puerta automática dejándole paso.

Tragándolo.

Black conservaba su expresión horrorizada, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

La nave continuaba su loca carrera, en picado, por una especie de túnel.

La oscuridad era total.

Súbitamente una luz muy brillante le dejó ver una enorme pista de aterrizaje. Parecía que hubiera aparecido allí por arte de magia.

Finalmente la nave aterrizó y avanzó por la pista hasta detenerse por completo.

Todas las maniobras que la nave había efectuado habían sido hechas con precisión y destreza.

Black no conseguía salir de su estupor y continuó sentado sin casi pestañear mirando por los cristales de la nave hacia fuera.

No podía ver nada.

De pronto la oscuridad volvió a reinar y en el mismo momento que la luz desapareció se abrió la puerta de la cabina.

Aunque no podía ver nada Black sabía que tenía compañía. Con gran esfuerzo podía distinguir por momentos algo semejante a lo que llamaría manos, las cuales se movían próximas a él.

Black había descendido de la nave y estaba de pie en medio de la oscuridad esperando, cuando oyó el sonido de una voz que lo invadía todo siendo imposible saber de dónde provenía.

—Bien venido a Bloodland, komander Black.

* * *

Al komander Black le parecía estar viviendo una pesadilla.

Una ultra modernísima nave supersónica como la NUC-3X había desobedecido a su control automático y había sido arrastrada por una fuerza extraña y todavía indeterminada.

Una isla que se partía por en medio, abriéndose como cualquier puerta automática con sólo aproximarse, tan comunes en todo el mundo, tan familiares...

Una modernísima pista de aterrizaje a por lo menos tres mil metros bajo el nivel del mar.

Y aquella oscuridad, aquellas presencias, aquella voz...

¿Qué estaba sucediendo?

¿Quiénes estaban detrás de todo eso?

¿Qué quería decir aquello?

El komander Black no encontraba respuestas a sus preguntas.

Había sido conducido, a través de la oscuridad, hasta lo que pudo distinguir era un moderno edificio de forma cilíndrica y le habían encerrado solo en una reducida habitación en la que solamente había una cama y un televisor. La puerta era como de acero y había oído como la cerraban por fuera.

Nadie le había respondido a sus preguntas ni le habían dado la menor explicación de lo que sucedía. Simplemente se habían limitado a conducirlo desde la nave hasta aquella habitación donde ahora se encontraba prisionero.

Lo único que sabía era que estaba en el interior de lo que parecía una pequeña isla a varios centenares de metros bajo el nivel del mar. Un lugar que hasta ese entonces le era desconocido y que sus habitantes denominaban Bloodland.

Steve Black encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse por la reducida habitación. Tenía que encontrar alguna forma de salir de allí, de averiguar qué estaba sucediendo.

Sin embargo no se le ocurría nada.

La habitación sólo tenía una pequeña ventana en lo alto, justo debajo del techo, y un tejido metálico la recubría.

Black calculó la distancia.

La ventana se encontraba a unos cinco metros del suelo. No había ningún objeto sobre el que apoyarse, por lo que tendría que escalar la pared desde uno de los ángulos de la habitación.

Iba a resultar difícil conseguirlo, pero era lo único que se le ocurría.

El komander Black se dirigió a una de las esquinas de la habitación y colocando una mano en cada una de las dos paredes, comenzó a trepar lentamente.

La pared era completamente lisa lo que dificultaba aún más la ascensión.

Gruesas gotas de sudor surcaban su frente y sentía que las piernas y las manos le temblaban por el esfuerzo que estaba realizando.

Cuando estuvo a un palmo de la ventana, Black dio un tirón de la rejilla metálica.

Una fuerte descarga de electricidad recorrió su cuerpo y cayó pesadamente golpeándose la cabeza contra el suelo.

Aún se hallaba atontado por el golpe cuando la puerta se abrió y un hombre pequeño y gordo entró en la habitación.

—Olvidé que a los humanos les dañan las fuertes descargas eléctricas —dijo con lo que se podía describir como una sonrisa y que en su rostro se convertía en una mueca repulsiva— y se me olvidó avisarle que no tocase la rejilla de la ventana.

Sorprendido por esa aparición, Black se puso de pie cogiéndose la cabeza con una mano. Podía sentir los cabellos pegajosos por la sangre que salía de la herida que se había hecho al caer.

—Podría explicarme ahora lo que está sucediendo —pidió enérgicamente.

—Dentro de poco lo sabrá. Acompáñeme, komander Black. El gran master Xkor tendrá mucho gusto en recibirle.

—¿El master Xkor? —preguntó Black y luego añadió con cierta ironía—: Me será muy grato conocerlo.

Y salió de la habitación.

* * *

Escoltado por aquella especie de enano deforme, el comandante White entró en un vasto despacho lleno de pantallas muy oscuras, en las cuales apenas si se podía distinguir algún movimiento. Black las miró con asombro.

—Buenas tardes, komander Black.

Un hombre alto y fornido, de sienes canosas y ojos achinados estaba sentado detrás de un suntuoso escritorio.

—Veo que le asombraron estas pantallas —dijo mientras se levantaba y le saludaba con una inclinación de cabeza—. Ahora se lo explicaré todo, komander.

—¿Master Xkor? —preguntó Black.

—Sí, así me llaman —dijo y señalando una silla que estaba al otro lado de la mesa añadió—: Tome asiento, por favor.

Black se sentó y lo miró expectante.

Xkor era un hombre al que se le podía llamar guapo por sus facciones tan perfectas, pero tal perfección tenía algo de diabólica y resultaba desagradable.

—Para empezar le informaré acerca de estas pantallas que tanto le asombraron. Son algo así como lo que ustedes llaman televisión. Me transmiten simultáneamente lo que está sucediendo en las distintas dependencias de esta hidronave —dijo Xkor, haciendo al sonreír la misma escalofriante mueca que había visto en los labios del otro hombre.

«Si es que a esto se les puede llamar *hombres*», pensó Black.

En cambio, intentando conservar la calma, dijo:

—¿Hidronave? Cada vez lo entiendo menos, explíquese de una vez. ¡Hable! —casi gritó Black sin poder reprimirse y agregó ya con más calma—: Tengo tiempo.

—Yo no estaría tan seguro —volvió a sonreír Xkor.

—¿Qué quiere de mí?

—Nada. Usted ya ha cumplido trayendo la nave hasta aquí. Ahora, lamentablemente, tendré que hacerle desaparecer. No quería hacerlo sin conocerle y créame que lo siento.

Black se sobresaltó pero intentó mantener toda su sangre fría y se tomó unos segundos de reflexión antes de responder:

—Yo no traje aquí la nave. Al menos por mi propia voluntad.

—Claro que no, komander. Usted no la trajo pero nos sirvió de vehículo para hacerlo y por eso le estoy muy agradecido.

—Sin embargo piensa matarme…

—No me queda otro remedio. Imagínese lo que sucedería si pusiese en libertad a todos los testigos de mi operación.

—¿Qué operación? ¿Qué es lo que pretende? ¿Quiénes son ustedes?

—Tranquilícese, komander —dijo en un tono diabólicamente amable—. Vayamos por partes.

—¡Empiece ya! —dijo Black perdiendo los estribos.

—La Tierra está corrompida, komander, como lo estuvo el planeta Kraño, ya desaparecido a causa de una corrupción similar y al cual pertenezco. No hay salvación para nadie ni la habrá jamás si las cosas siguen como están. Es necesario destruirlo todo y comenzar de nuevo. Ese es mi propósito.

Los ojos de Xkor adquirieron un extraño brillo.

Black comprendió que estaba loco y sintió un escalofrío que le recorría la columna vertebral.

- Destruir el mundo para intentar salvarlo... No me parece que sea una solución apropiada.

—Komander, como ya le he dicho, nosotros venimos de un mundo similar al vuestro, el cual terminó destruyéndose totalmente, hasta el punto de no quedar nada con vida a causa de las ansias de poder de las grandes potencias. La Tierra terminará igual. Está en vías de destrucción..., de autodestrucción. Nosotros lo único que haremos será acelerar ese proceso y beneficiarnos de él ocupando finalmente la Tierra.

—No puede ser... —balbuceó Black—. No puede

ser...

—Si, comprendo que le parezca increíble, también a mí me lo pareció en un momento, pero ya ve, aquí estamos.

—¿Cómo llegaron?

—Con esta hidronave interestelar salimos del planeta Kraño antes de que volara en pedazos. Aquí hemos vivido una cierta cantidad de años preparándonos para que la operación resulte un éxito. Y ahora es el momento de actuar.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Provocando la Cuarta Guerra Mundial, o sea, la Segunda Guerra Nuclear en la que el mundo se auto destruirá.

—Y en la que sólo ustedes sobrevivirán, ¿verdad?

—Así es. Nosotros estamos protegidos contra todo en esta nave.

—¿Cuál es su plan, Xkor? Yo moriré dentro de poco, según usted lo ha ordenado. Puede decírmelo sin correr riesgos.

Xkor se acarició la barbilla y meditó un instante. Luego sonrió.

—Está bien, komander. Iluminaré una de mis pantallitas para que usted también pueda distinguir en ella lo que yo controlo. Hay veces que olvido que ustedes no tienen las mismas facultades que

poseemos nosotros.

Xkor encendió una de las pantallas en las que Black pudo ver a dos ancianos trabajando junto a un extraño ordenador.

—¿Ve a esos dos hombres? —dijo Xkor—. Son los profesores Warton y Finder. ¿Los recuerda?

Black quedó boquiabierto por la sorpresa.

Warton y Fiender habían sido dos de los más grandes sabios durante la Tercera Guerra Mundial. Eran jóvenes en aquella época. Ambos habían desaparecido y se les había dado por muertos.

—Ellos... No puede ser... —susurró Black.

Xkor sonrió.

—Sí, lo son. Hace años que están aquí trabajando para conseguir lo que me propongo. Me he apoderado de la voluntad de ambos y sólo utilizan sus brillantes cerebros en lo que yo quiero.

—Es increíble... Increíble.

—Más se asombraría si supiera de la cantidad de cerebros que logré apoderarme en estos años, pero no hay tiempo para entrar en demasiados detalles. Sólo le diré que fueron estos dos hombres los que lograron inventar un computador capaz de anular los mandos de cualquier aparato, ya sea una nave o un barco, y conducirlo desde aquí. ¿Entiende ahora cómo ha llegado usted hasta nosotros?

Black asintió con un movimiento de cabeza. Aún no había logrado reponerse. Iba de sorpresa en sorpresa.

Xkor continuó hablando:

—Usted no es el primero en ser desviado hasta esta base —Xkor iluminó otras dos pantallas en las que aparecieron otras poderosas naves supersónicas y un submarino atómico—. También tenemos armamento perteneciente a la Confederación del Este.

El komander Black observó los aparatos que se veían a través de las pantallas que Xkor iba encendiendo para él, y los reconoció.

Black recordaba el escándalo y la alarma que había cundido en toda la Unión del Oeste con la desaparición de los aparatos que ahora tenía ante sí. En su momento se terminó por pensar que habían caído al mar con su carga atómica. Y ahora a él le tocaba descubrir que estaban en poder de Xkor, un ser de otro planeta más ambicioso que todos los líderes terrestres juntos.

—Lo tiene todo muy bien organizado, Xkor —dijo finalmente—. Pero no creo que con estas armas pueda apoderarse del mundo.

Xkor meneó la cabeza y dejó escapar una risita sardónica.

—No me ha entendido bien, komander Black. No pienso apoderarme del mundo. Pienso exterminarlo para luego ocuparlo. Y para eso me bastaría con sólo uno de estos bombarderos. ¿Se imagina qué sucedería si la NUC-3X arrojase su peligroso cargamento nuclear sobre cualquier punto de la Confederación del Este?

Black volvió a estremecerse.

El proyecto de Xkor era siniestro, pero no descabellado.

Black sabía perfectamente lo que sucedería en caso de que un aparato de la Unión del Oeste lanzase una bomba sobre la Confederación del Este. La respuesta sería inmediata y se desencadenaría la guerra nuclear.

Black encendió un cigarrillo y observó un brillo extraño en los ojos de Xkor que le hizo estremecer. Exhaló una bocanada de humo y lo disipó displicentemente con una mano. Intentaba fingir serenidad.

—¿Es así como piensa hacerlo?

Xkor volvió a acariciarse la barbilla y dijo:

—No, komander. También pienso divertirme un poco. La operación que tengo preparada es mucho más completa e infalible. Por eso hemos secuestrado tantos aparatos. De lo contrario nos hubiese bastado con uno. ¿Le interesaría conocer los detalles, komander? Al menos estará enterado de lo que sucederá en su planeta cuando usted ya esté muerto.

—Adelante. Le escucho.

Xkor señaló un punto en un mapa mural que colgaba en la pared, detrás del escritorio. Luego dijo:

—Como usted sabe, el próximo día veintiuno de febrero es el séptimo aniversario del fin de la Tercera Guerra Mundial y las dos únicas superpotencias mundiales realizarán diferentes tipos de maniobras.

—Sí, lo sabía. >

—Bien, mientras se realizan estas maniobras un submarino del Este, el que usted puede ver en la pantalla, atacará a las fuerzas del Oeste. Simultáneamente los cazas con misiles nucleares del Oeste, que también puede ver en la pantalla, bombardearán los barcos del Este y su NUC-3X atacará algunas ciudades del continente enemigo.

De esta forma comenzará la Guerra Nuclear, la última guerra para los terrícolas.

—Y usted no tendrá más que esperar…

—¡Exacto! En muy poco tiempo la humanidad se habrá auto destruido, mientras nosotros permanecemos aquí, en medio de la tierra, a cubierto de todo peligro.

Black sintió que la sangre se le helaba y no pudo reprimir un ataque de cólera:

—¡No se saldrá con la suya, Xkor!

—¿Quién va a impedírmelo, komander Black? —dijo irónicamente.

— ¡Yo! —dijo Blach fuera de sí y se levantó indignado.

El komander Black se lanzó enfurecido hacia donde estaba Xkor, quien permanecía sentado, inmutable, sonriendo con aquella repugnante mueca en sus labios.

Cuando Black iba a alcanzar a Xkor éste pronunció un nombre:

—Rogy —dijo casi en un murmullo.

De pronto, sin saber cómo, un hombre robusto de casi dos metros de altura se interpuso entre ambos.

Black se quedó paralizado.

—¡Llévatelo, Rogy! Ya sabes lo que tienes que hacer con él —dijo Xkor en el mismo tono de voz que había utilizado durante toda la entrevista con Black.

El gigante, con movimientos muy lentos, se acercó al komander. Black notó que era totalmente calvo y unos grandes bigotes le cubrían por completo la boca. Sus ojos un poco achinados, como los de Xkor, le miraban fijamente, sin pestañear. Black se estremeció ante esa mirada que parecía traspasarle.

De pronto Black sintió los poderosos dedos de Rogy sobre su brazo y dejó escapar un aullido de dolor.

Rogy contemplaba el sufrimiento del komander Black sin que se moviera un solo músculo de su inexpresivo rostro.

Finalmente retorció el brazo del komander Black como si se tratase de un juguete de goma y, levantándolo en el aire, lo arrastró fuera de la habitación.

CAPITULO II

Black había sido arrojado a una especie de habitación cilindrica, y allí permanecía expectante, mirando en todas direcciones.

En el centro de la habitación había un agujero de unos tres metros de diámetro. El recinto no estaba techado y el komander podía ver el cielo despoblado de nubes sobre su cabeza.

Eran las cinco de la tarde y el sol lucía esplendoroso aunque ya muy próximo al horizonte. Pronto comenzaría a oscurecer.

En un principio, Black no pudo comprender el significado de aquella misteriosa cámara cilíndrica.

Los primeros minutos transcurrieron en calma y el oficial permaneció en el suelo, junto a la pared, sin atreverse a intentar nada. Quería descubrir previamente los planes que Xkor tenía para él.

¿De qué forma le daría muerte?

¿Por qué había sido encerrado en aquel lugar?

¿Qué significaba aquel pozo en medio de la habitación?

Lentamente, Black se arrastró hasta asomar la cabeza sobre el pozo.

En principio no descubrió nada. Sólo vio el agua oscura tres metros debajo de su cabeza.

De pronto una turbulencia le hizo estremecer y un tentáculo enorme, descomunal, asomó fuera del agua.

El komander se echó hacia atrás con el rostro pálido por la sorpresa. Sólo había visto el tentáculo, pero no necesitaba ver el resto. Era un brazo de unos cinco metros, el mayor que había visto en su vida.

«¡Un pulpo gigante!», pensó Black aún paralizado por la sorpresa.

Sin embargo no tendría nada que temer. El pulpo no podía salir del agua y él no pensaba arrojarse en ella. A no ser que alguien o algo lo obligara.

Al levantar la cabeza hacia el muro cilíndrico, Black sintió que la sangre se le helaba en las venas. ¡La habitación había empequeñecido al menos un palmo!

Entonces se dio cuenta de la trampa.

Las paredes se movían hacia adelante.

Lenta, inexorablemente, el círculo se iba estrechando, cerrándose

en dirección al pozo.

El movimiento era casi imperceptible, pero regular y continuo. En menos de una hora sería empujado hasta caer entre los tentáculos del gigantesco pulpo.

Black se estremeció. Recordaba un cuento que había leído en uno de aquellos libros que milagrosamente se habían podido conservar después de la guerra y que ya a nadie interesaba. Estos raros ejemplares se guardaban en la biblioteca de la capital como una simple muestra de lo que fue la antigua cultura.

Creía recordar que el nombre del autor era algo así como Alien Poe, o Allan Poe, pero eso poco importaba, lo importante era lo que contaba, algo similar a su situación actual. En el cuento un hombre era encerrado entre dos paredes que se estrechaban hasta aprisionarlo.

Pero esto no era ningún cuento sacado de la imaginación de un autor de una época remota sino que estaba sucediendo en el año 2005, en plena Era Nuclear y era su propio pellejo el que estaba en juego al haber caído en las redes de aquel ser de mente diabólica, que provenía de otro planeta.

Sudando copiosamente, el komander Black buscó un medio de escape. Las paredes medían casi cinco metros y eran lisas y cilíndricas. No había donde apoyarse y resultaba imposible trepar por ellas.

Black comprendió que nunca saldría de allí.

Se dejó caer en el suelo, junto al pozo y aguardó a que el muro lo empujase hacia dentro.

Los minutos transcurrían con extrema lentitud mientras las paredes continuaban cerrándose sobre el agujero. Estaban ya a un metro escaso de distancia. Y ésta seguía acortándose.

Resignado, Black miró hacia el cielo.

El sol se había ocultado y las primeras estrellas comenzaban a brillar en la semioscuridad. Sería la última vez que las vería.

Poco después, sintió el frío contacto del muro contra su espalda, empujándole, arrastrándole contra el pozo.

Black permaneció inmóvil. Sabía que no tenía escapatoria. La fuerza de aquel mecanismo era superior a la de cien hombres como él.

Con la espalda adosada al muro, el komander vio los enormes

tentáculos alzarse hacia él. Sólo le separaban unos pocos centímetros del siniestro pozo.

Cerró los ojos y aguardó el momento de la caída.

De pronto, Black escuchó un ruido y vio el extremo de una maroma que, arrojada desde el exterior, estaba suspendida a un palmo sobre su cabeza. No lo pensó dos veces y se aferró a la cuerda. Luego, apoyando los pies contra el muro, comenzó a trepar.

Apenas había avanzado un par de metros cuando la pared se detuvo, concluido ya su recorrido. Debajo sólo quedaban el pozo y los tentáculos del pulpo, que casi le tocaban.

En un último esfuerzo, el komander terminó de escalar la pared y, asiéndose con ambas manos a lo alto del muro, se dejó caer al otro lado.

Una mujer le aguardaba junto a la cuerda. Black la miró sorprendido. Tendría poco más de veinte años, el cabello rubio y ondulado, un rostro de óvalo perfecto, con ojos grandes y algo achinados, de color verde; su piel era bronceada y el cuerpo dotado de curvas sugerentes e incitantes.

Black la examinó de pies a cabeza con extrema delectación, recreándose en la contemplación de la sugestiva desconocida.

Era una maravilla de mujer.

—¡De prisa! —dijo ella cogiéndolo de la mano—. ¡Alejémonos de aquí antes de que se den cuenta!

Black dudó un instante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que salir de aquí de inmediato. Luego se lo contaré todo.

—Pero ¿cómo vamos a salir de aquí? Esta especie de isla es muy pequeña y nos encontrarán en seguida.

La mujer señaló hacia unas lanchas custodiadas por dos hombres.

—Las lanchas —dijo—. ¡Son nuestra única oportunidad!

Agazapados entre aquel camuflaje rocoso que protegía a la nave, Black y la muchacha se acercaron a las embarcaciones. Los guardias, de pie frente a ellas, estaban fuertemente armados.

A una seña de la mujer, Black se detuvo.

—Déjeme a mí —dijo ella—. Ellos me conocen y no sospecharán. Yo los distraeré y usted los atacará.

Black asintió.

La mujer se puso de pie y avanzó hacia los dos centinelas.

Al verla venir los dos hombres sonrieron lascivamente. Seguramente tenían pocas oportunidades de ver una belleza semejante en aquel siniestro lugar.

—Buenos días, señorita —dijo uno de ellos—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas?

—Me aburría. Tenía deseos de pasear y ver un poco de gente.

—A su padre no le gustaría verla por aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Y qué importa eso. Mi padre no tiene por qué saber...

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice y la miraron con deseo. Sin embargo, no se atrevieron a hacer nada. Preferían esperar a que ella tomase la iniciativa.

La joven se sentó en una roca dejando al descubierto parte de sus muslos prietos y hermosos.

—Supongo que aquí os sentiréis muy solos —dijo insinuante—. Siempre de guardia sin ver a ninguna mujer, sin casi saber lo que es...

—Sí, señorita. Nos sentimos muy solos.

Los dos guardias se sentaron a ambos lados de la muchacha y sus ojos se clavaron en sus piernas semidescubiertas.

El komander Black los observaba desde detrás de un roca, a unos cinco metros. Aguardó unos minutos hasta que vio que los guardias dejaban sus armas a un costado y uno comenzaba a acariciar las piernas de la mujer, mientras el otro manoseaba su busto.

Se acercó lentamente, procurando no hacer el menor ruido. Cuando estuvo detrás de ellos, alzó la mano derecha y la descargó sobre la nuca del más corpulento. Los huesos del cráneo crujieron al partirse por el impacto y el hombre cayó hacia atrás emitiendo un sordo quejido.

El otro guardia se volvió e intentó coger el arma.

No tuvo tiempo de hacerlo.

El komander Black volvió a golpear, ahora en los ojos y contra la frente del hombre.

—¡Vamos! —gritó ella.

Steve Black cogió a la mujer de la mano y corrió hacia una de las lanchas. Puso el motor en marcha y segundos después la lancha se alejó rápidamente de la costa.

CAPITULO III

Xkor contempló los cadáveres de los dos centinelas y se volvió hacia sus hombres, que le rodeaban en semicírculo.

La escena era escalofriante debido al siniestro aspecto que ofrecían los componentes del ejército kroñano. Todos ellos iban cubiertos con una especie de túnicas negras, muy amplias, que dejaban sólo al descubierto las manos y los ojos, que parecían estar flotando en el aire como faltos de otro apoyo.

—¿Quién encontró los cadáveres? —preguntó Xkor.

Una de las *sombras* se adelantó.

—Yo, señor.

—¿Cuándo?

—Hace menos de media hora. Estaba amaneciendo y venía para proceder al relevo de los terrícolas-robots por otros en su tarea de centinelas. Descubrí a esos dos en el suelo y pensé que dormían. Al acercarme vi que estaban muertos.

Xkor se inclinó sobre los cuerpos y les tocó las manos. Estaban heladas.

—Llevan muertos más de ocho horas. Debe haber sido al anochecer.

—Sí, señor —dijo la misma *sombra* que había hablado anteriormente—. Y además sus agresores se han llevado una lancha. La más rápida.

—Seguramente ha sido ese Black —dijo Xkor—, Lo que no entiendo es cómo pudo escapar de allí. Alguien tuvo que haberle ayudado.

—Nos lleva nueve o diez horas de ventaja y ni siquiera sabemos la dirección que ha tomado. Será muy difícil poder atraparle.

Xkor se acarició la barbilla lo que quería decir que había puesto su mente a trabajar. Luego de unos segundos de reflexión dijo:

—Debemos eliminarle de cualquier forma. Ese hombre conoce nuestros planes. Si informa de ellos, todo lo detalladamente estudiado durante estos años para conseguir llevar a cabo con éxito la operación de destruir a los habitantes de la Tierra y garantizar así nuestra existencia en ella se habrán perdido. ¡No puedo permitir que eso suceda!

—¿Qué debemos hacer, señor? —preguntó otra de las *sombras.*

—En primer lugar quiero un informe completo sobre nuestros propios hombres, tanto kroñanos como terrícolas-robots. Quiero saber si falta alguien. El komander Black no puede haber escapado solo.

—Eso ya lo hemos comprobado —dijo otro—. Pasamos lista esta mañana y sólo falta una persona.

Xkor levantó la cabeza y le miró expectante.

—¿Quién? —preguntó.

—Su hija... Terkra —balbuceó.

Xkor abrió la boca. Era la primera vez que en su rostro se dibujaba una expresión de estupor.

—¿Terkra? ¿La han buscado bien?

—Sí, señor. No está en su habitación, ni en ningún otro sitio.

—¿No falta nadie más?

—No, señor.

Xkor frunció el ceño y se mantuvo en silencio durante algunos segundos. Luego sentenció:

—Ella es la culpable. Tiene que haber sido Terkra quien le sacó de allí y le ayudó a liquidar a los centinelas. No debí confiar en ella, ni siquiera siendo mi hija ya que por sus venas también corre sangre terrícola —terminó diciendo como para sí.

Entre aquella masa de *sombras* se escuchó un murmullo, pero ninguno se animó a decir nada en voz alta.

—Que Rogy y Stan vengan inmediatamente a la sala de juntas —ordenó Xkor—. Tenemos que actuar de inmediato.

Las *sombras* se retiraron desapareciendo a un mismo tiempo y Xkor se dirigió a la espaciosa sala de juntas. Era una gran habitación con una mesa alargada y algunos sitiales. Xkor se sentó en la cabecera de la mesa y aguardó impaciente.

Instantes después entraron los dos hombres que había mandado llamar. Contrastando con Rogy, Stan era delgado y de huesos salientes. Su rostro, de grandes pómulos y labios carnosos, tenía una expresión sádica, acentuada por una mirada asesina.

El master señaló dos de los sitiales.

—Acomódense. He de hablarles.

Ambos obedecieron mirándole expectantes, xkor carraspeó antes de tomar la palabra.

—El prisionero, komander Black, ha escapado después de dar

muerte a dos centinelas. Ya sabéis lo que eso significa.

Stan asintió con un gesto de cabeza.

—Si habla con sus jefes —continuó Xkor— nuestros planes pueden verse comprometidos. Hay que impedir a toda costa que ese hombre llegue a establecer contacto con el Alto Mando de la Unión. Dadle caza y eliminadlo sin contemplaciones.

—¿Tiene idea, master, de adónde puede haberse dirigido? —preguntó Stan.

—No. Pero confío que no tardaré en averiguarlo. En cuanto lo sepa os lo comunicaré para que le liquidéis. Entretanto patrullad la zona, en espiral, por si halláis algún rastro.

—¿Algo más, master?

—Sí, Stan. Con el fugitivo está mi hija Terkra. Sospecho que es su cómplice. Por eso, a ella la quiero viva.

Los dos individuos que estaban ante Xkor asintieron con sendos movimientos de cabeza. Sus rostros se mantenían fríos e inexpresivos igual que si les hubieran ordenado salir de paseo. Sin embargo la orden era eliminar a un terrícola, a uno de aquellos seres llamados hombres, y también apresar a la hija del propio master, cuya suerte sería tal que preferiría mil veces haber muerto antes de ser sometida a lo que ellos consideraban «castigo ejemplar».

Xkor se puso en pie dando por terminada la entrevista y los dos ejecutores salieron para iniciar la búsqueda de los fugitivos.

* * *

El motor tosió tres veces y la lancha se detuvo en medio del océano.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo el komander Black.

—¿El combustible? —preguntó Terkra.

—Sí. No queda ni una gota de combustible. Ahora sólo nos resta esperar que alguien pase a recogernos. Todavía no había amanecido y Black calculó que se habrían alejado unas trescientas millas al sur de aquella cosa demencial situada en medio del océano.

La muchacha metió la mano entre sus ropas y sacó de un bolsillo una especie de bolitas bicolores. Después de contarlas le entregó una parte al komander.

—Es lo único que tenemos. Son *makanas,* mi madre decía que no

sólo en el nombre se parecían a una fruta terrícola sino también en su sabor.

Black cogió las extrañas bolitas, mitad rojas y mitad verdes, que le entregaba la muchacha sin dejar de mirarla con cierto asombro.

—Espero que nos encuentren pronto —dijo ella con tranquilidad.

Black se acomodó en la parte posterior de la lancha. Terkra se sentó a su lado.

—Aún no me has contado nada... —dijo Black.

—¿Sobre qué?

—Arriesgaste tu vida para sacarme de allí. ¿Por qué?

—Quería escapar y necesitaba de alguien que me ayudase —respondió Terkra—. No fue por ti que lo hice, sino por mí.

—Gracias, de todos modos.

—No tienes nada que agradecerme. Sin tu ayuda jamás habría podido salir de la isla.

—¿Por qué querías huir? No estabas prisionera.

Terkra sonrió tristemente.

—¿Qué entiendes tú por prisionera? He pasado toda mi vida en aquel asqueroso agujero. No conozco nada más.

—¿Tus padres trabajan para para Xkor? ¿Ha dominado sus mentes como la de tantos otros? ¿Y tú...?

Terkra meneó la cabeza.

—Nada de eso —dijo con toda naturalidad—. Mi padre es Xkor.

Black dio tal respingo que estuvo a punto de caer al agua. Abrió la boca pero no alcanzó a decir nada.

—No debes asustarte. Por mis venas también corre sangre terrícola. Mi padre, en una de sus inspecciones al planeta Tierra, conoció a mi madre y se enamoró de ella.

—¿Xkor enamorado? —preguntó incrédulo.

—Sí, a su manera supongo. El caso es que se apoderó de ella pero no como lo hace con el resto de los terrícolas que cree pueden servirle, sino que esta vez se apoderó de su cuerpo y no de su mente. De esta relación nací yo.

—Increíble... —sólo pudo balbucear Black.

—Pero así es —respondió ella con una dulce sonrisa—. Todo lo que conozco del mundo, de este planeta llamado Tierra y de los humanos lo supe a través de mi madre. Realmente tampoco a vosotros os llego a entender ni comparto del todo vuestra forma de

proceder, pero menos comparto la de mi padre y mi madre antes de morir. Cuando yo apenas tenía unos años de vida me hizo prometerle que si no lograba hacer que mi padre desistiera de su plan de destruir a la humanidad, intentara huir para informar al mundo de lo que iba a suceder.

—Pero tu padre... —empezó a decir Black.

—Prefiero olvidarme para siempre de él —le interrumpió Terkra.

—Pero él no se olvidará de ti.

La muchacha se quedó pensativa durante unos segundos. Luego dijo:

—Espero que la operación planeada por mi padre no llegue a realizarse. Me ayudarás a impedir que se lleve a cabo.

—Claro, y espero que lo logremos... siempre que alguien nos rescate antes de que sea demasiado tarde.

—¿Crees que pasará algún barco?

—Eso espero, aunque si no aparece ninguno antes del anochecer tendremos que darnos por perdidos.

Terkra se estremeció y recostó su cabeza contra el pecho del komander. Este la rodeó con sus brazos y permanecieron así, inmóviles y silenciosos.

La tarde avanzaba cuando Terkra descubrió la silueta de un barco en el horizonte.

—¡Un barco! —exclamó—. ¡Estamos salvados!

Black se incorporó y miró hacia donde la muchacha le indicaba.

—Sí, es un transporte naval —dijo—. Espero que nos vean.

Terkra se puso de pie en los asientos de la lancha y comenzó a agitar los brazos, que mantenía muy en alto.

—Así no lograremos llamarles la atención. Tenemos que intentar otra cosa. Desnúdate y dame tus ropas.

—¿Para qué? —protestó la muchacha.

—En seguida lo verás. ¡Date prisa!

La muchacha se quitó las ropas descubriendo su hermosa anatomía. No pudo evitar que sus mejillas enrojecieran ante la mirada de Black y se cubrió los senos con los brazos.

—No es momento de preocuparse por la desnudez —dijo Black quitándose parte de su uniforme.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Terkra.

—Una hoguera. El humo les llamará la atención.

—¡Se quemará la lancha!

—Tenemos que arriesgarnos.

Black amontonó la ropa en medio de la embarcación y le prendió fuego.

Una pequeña columna de humo y fuego se levantó hacia el cielo y momentos después el transporte naval cambió de rumbo, dirigiéndose hacia ellos.

—¡Nos han visto! —exclamó Terkra.

El fuego había cobrado grandes proporciones y el

Komander intentó apagarlo arrojándole agua. Cuando lo consiguió vio la madera ennegrecida del suelo de la barca por donde comenzaba a filtrarse el agua.

—Demorará unos minutos en hundirse —dijo Black—. Si no llegan pronto tendremos que arrojarnos al mar.

Del transporte naval descendió un rápido bote salvavidas tripulado por dos marineros.

Black y Terkra les hicieron señas con la mano y cinco minutos después el bote salvavidas se situó junto a la lancha siniestrada. Los dos marineros les ayudaron a cambiarse de embarcación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó uno de ellos sin poder dejar de mirar el cuerpo desnudo de la muchacha.

—Nos hemos perdido —dijo Black—. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos en medio de! mar y sin ningún tipo de combustible.

El marinero sonrió con picardía.

—Ya comprendo —dijo.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Black.

—A Freeport-2. Estaremos allí dentro de tres días.

Black consultó el calendario de su reloj pulsera.

Era el once de febrero. Cuando llegase a Freeport-2 le quedarían sólo siete días para evitar la Cuarta Guerra Mundial.

* * *

Tal como estaba previsto, el transporte naval atracó en Freeport-2 el 14 de febrero.

Black y Terkra se despidieron de la tripulación y descendieron por la escalerilla automática del barco, alejándose rápidamente del

muelle.

—Tengo que avisar al controller Douglas —dijo Black—. Pero antes tomaremos un aerotaxi y te dejaré en un hotel.

Terkra, mirando asombrada todo lo que la rodeaba, asintió.

Black apretó un diminuto botón que llevaba en su reloj pulsera e inmediatamente un aerotaxi descendía frente a ellos.

Las puertas se abrieron y ambos entraron en él rápidamente. Black colocó una ficha en la boca de la computadora que poseía el aparato, ésta le daba instrucciones del lugar al que querían ir sus ocupantes. De esta forma, según los datos proporcionados, la computadora programaba el sitio más adecuado.

Con la rapidez del rayo, Black dejó a Terkra (que no había hecho más que observarlo todo sin decir palabra) en el piso 27 de un acristalado hotel y dio nuevas instrucciones a la máquina.

Pocos minutos más tarde Black era depositado en las puertas del Control Aero-Espacial-2.

Black se detuvo ante la puerta, una gran plancha de metal infranqueable sin la debida documentación, la cual debía insertar en la rejilla que se acababa de abrir automáticamente a su izquierda.

Black en lugar de dar su tarjeta de identificación habló al micrófono que había junto a la rejilla.

—Soy el komander Steve Black. Tengo que hablar con el controller Douglas.

— ¡Identifíquese! —ordenó una voz que sonaba metálica.

—He perdido mis documentos. Sufrí un accidente al regresar de un vuelo de prueba. Un transporte naval me recogió en medio del océano y acabo de llegar.

—Bien sabe que sin documentos ni permiso está totalmente prohibido entrar —respondió la voz.

—Escucha, máquina inmunda —dijo Black perdiendo todo control—. Tengo que ver al controller Douglas, te guste o no, así que te ordeno que le digas que estoy aquí.

—Está bien, pero controle sus modales, komander.

Black esperó impaciente durante unos minutos.

—Comprobado, komander —volvió a sonar la voz—. Introduzca su mano derecha en la ranura destinada a la documentación, si todo está correcto el controller Douglas le recibirá.

Black hizo lo que pedía y la gran puerta metálica se abrió

automáticamente.

El komander atravesó el frío patio del edificio y se detuvo frente a un despacho. Las puertas se abrieron tras una rápida inspección fotomática.

Finalmente el komander entraba en el gran despacho y se cuadraba frente a su superior.

—Está bien, komander Black —dijo el controller Douglas fríamente—. Puede sentarse.

Black obedeció y ambos hombres se sentaron frente a frente.

El controller Douglas era un hombre de unos cincuenta y siete años, cabello canoso, alto, delgado y de expresión severa.

—Me sorprende verle, komander —dijo el controller—, Tenía entendido que su aeronave se había estrellado contra una isla en el océano al volver de su vuelo de prueba.

—¿Quién se lo dijo?

—Se recibió un SOS emitido por usted antes de estrellarse. La noticia se publicó en todos sitios.

—Pero no encontraron la nave, ¿verdad?

—No. Se buscó durante un par de días y se supuso que el aparato se había hundido en el mar. Pero... ¿cómo se ha salvado usted? ¿Saltó utilizando el equipo de salvamento, supongo?

Black negó con un movimiento de cabeza.

—No existió tal accidente. La nave fue secuestrada.

El controller abrió la boca, sorprendido.

—¿Secuestrada? ¿Por quién?

—Por una especie de superpotencia enemiga.

—¿La Confederación del Este?

—No, controller. Es algo un tanto extraño. Me temo que le va a resultar algo difícil de creer.

El controller Douglas frunció el ceño y miró al komander con cierta desconfianza'. Abrió una cajita de oro que tenía entre sus manos e insumo parte de su contenido. Finalmente dijo:

—Espero que no me cuente una historia de marcianos, komander.

—No, exactamente de marcianos, no. Pero...

—Déjese de rodeos y explíquemelo todo de una vez.

Black le contó lo sucedido desde que los mandos dejaron de responderle hasta que fueron rescatados por el transporte naval.

Douglas escuchó con atención, pero en su rostro había una expresión de incredulidad.

—Tenía razón, komander. Su historia resulta un tanto inverosímil.

—Pero es la verdad. Es preciso suspender las maniobras del día 21 de febrero y atacar como sea esa especie de isla.

—¿No estuvo usted bajo los efectos de ninguna droga, komander?

Black se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir?

—Imagínese que el NUC-3X hubiese sido secuestrado por los de la Confederación del Este. Es un aparato ultramoderno con todos los adelantos de la técnica. Ellos siempre han estado interesados en investigarlo. Luego le lavan el cerebro, lo drogan para que se imagine una historia como la que me ha contado y le dejan con una muchacha en medio del océano. ¿Qué le parece?

—¡No es verdad! —exclamó Black—. No he sido secuestrado por los del Este, ni me han lavado el cerebro. Bloodland existe y no es difícil de comprobar. Basta con enviar algunas unidades.

—Estoy seguro de que no encontrarían nada. Además —indicó Douglas—. Las Fuerzas Aéreas y Astrales de Seguridad no pueden dar crédito a historias tan absurdas como la que acaba de endilgarme. Y en cuanto a las maniobras del veintiuno... ¡no se suspenderán!

—Si no lo hacen, dentro de una semana estaremos en guerra. ¡Será el fin de la Humanidad!

El controller movió la cabeza en gesto dubitativo.

—Nada prueba que sus afirmaciones sean ciertas. Más bien creo que la Confederación del Este pretenda atacarnos.

Black cerró los puños con rabia.

—Ellos no iniciarán ningún ataque. Lo hará el diabólico Xkor llevando a la práctica sus no menos diabólicos planes.

El controller negó con un ademán y dijo:

—No insista, Black. Su historia es increíble.

—¡Pero cierta, controller!

—¡Bah! Lo que se preguntará el Alto Mando es qué hizo usted con la nave y es muy probable que se le acuse de ser un espía de la Confederación. En cuanto a mí, después de escucharle, le confieso

que tengo mis dudas a ese respecto.

—¡Eso es absurdo, señor! —protestó Black con vehemencia—. Usted me conoce bien…

—Creía conocerle, que no es lo mismo —objetó el controller—. Y en cuanto a su explicación de lo sucedido… Bueno, creo que sería mejor se buscase otra más convincente. Esta no le sirve.

Black se puso en pie con el rostro congestionado por la ira y gritó:

—¡Iré a la capital y hablaré con el direktor Stone!

—Dudo que le dejen llegar hasta él.

—Por lo menos lo intentaré. Adiós, controller.

Sin esperar respuesta, Black giró sobre sus talones y, a largas zancadas, abandonó la estancia.

El controller Douglas esperó a estar solo para utilizar su transmisor en una determinada longitud de onda.

La bronca voz de Xkor se dejó oír al instante, como si hubiera estado aguardando aquella llamada.

—¿Hay alguna novedad, controller?

—Sí, master. El komander Black ha venido a verme. Su hija de usted y él están aquí, en Freeport-2.

—¿Algo más?

—Sí, master. Black piensa ir a la capital para hablar con el direktor Stone y ponerle al corriente sobre los planes de ataque aprovechando las maniobras del veintiuno.

Se produjo un breve silencio. Luego Xkor dijo:

—Gracias, controller. Su información nos será de gran utilidad. Y recuerde que le esperamos aquí el día veinte como máximo.

—No faltaré, master… por la cuenta que me tiene. Pero… ¿y Black? ¿Cuáles son sus órdenes respecto a él?

—Ese ya no es asunto de su incumbencia, controller. Mis hombres se ocuparán de él.

Douglas frunció el ceño y carraspeó.

—Sin embargo… déjeme indicarle que si consigue hablar con el direktor todo puede estropearse.

—No llegará hasta Stone, aunque… no estará de más que usted informe acerca de él a sus superiores. Denúnciele como espía. Así no creerán su versión y nosotros estaremos a cubierto.

—¡Excelente idea, master!

—Bien, controller. Hasta pronto.

Douglas cerró la comunicación y se repantigó en su sillón. Una mueca burlona se dibujó en sus labios al pensar en el informe que, sobre el komander Steve Black, iba a enviar a sus superiores.

—Nadie le creerá... —murmuró entre dientes—. ¡Nadie!

CAPITULO IV

Black y Terkra estaban en una de las espaciosas habitaciones del hotel Galax donde tras los enormes cristales que la rodeaban, los cuales iban del techo al suelo, se podía divisar toda la ciudad.

La habitación estaba amueblada con gusto, en ella había una cama de plaza y media, dos confortables sillones y un pequeño bar. Tenía un balcón acristalado y un moderno baño particular separado de la habitación por un reluciente mamparo de metal.

Cuando Black entró en la habitación Terkra se encontraba de pie ante el gran ventanal mirando al exterior. De vez en cuando algún aeromóvil pasaba frente a las cristaleras.

—Mi madre no me describió la Tierra como la estoy viendo ahora —dijo la muchacha.

—Es lógico, veinte años atrás la ciudad no era así, y antes de la Tercera Guerra Mundial era aún más diferente.

La muchacha se apartó de los cristales y se sentó en uno de los dos mullidos sillones que había en la habitación.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Terkra.

—No me quieren creer —dijo Black mientras ocupaba el otro sillón—. Mi relato les parece inverosímil. El controller Douglas llegó a sospechar que soy un espía de la Confederación del Este.

Black le contó la conversación que había mantenido con el controller Douglas. Terkra había escuchado el relato atentamente.

Black parecía descorazonado.

—Si Douglas informa a la capital —añadió Black—, no sólo no me oirán sino que incluso pueden detenerme bajo acusación de espionaje.

—No te preocupes, Steve —dijo Terkra—. Podrás convencerles. Si no lo consigues lo intentaré yo. Soy la hija de Xkor. A mí tienen que creerme.

—También te tomarán por espía. Ni siquiera tienes documentación que acredite tu identidad. Yo por lo menos he conseguido un duplicado de la mía. Fue lo único positivo que saqué de la entrevista con Douglas.

—Lo de mi documentación poco importa. Sé que los convenceremos. Tienen que creernos.

—¿Y si no es así?

Terkra se mordió el labio y no respondió. Se puso de pie y comenzó a pasearse nerviosamente por la habitación.

Entonces fue Black quien intentó tranquilizarla.

—Te has puesto nerviosa. Será mejor que nos olvidemos de todo este asunto hasta mañana. ¿Quieres beber algo?

La muchacha asintió.

Black se dirigió hasta el pequeño pero bien provisto bar, que había en la habitación y preparó dos wyskis. A continuación cogió un par de sobres, que había en una bandeja, y vertió el contenido de ellos en las bebidas.

Terkra le observaba.

—¿Qué es esto? —preguntó ella mientras cogía el vaso que le daba Black.—Es un antiquísimo whisky, combinado con polvo de Coina, una droga inofensiva, pero que te sentará muy bien. Ambos la necesitamos.

Los dos bebieron en silencio, luego Black dijo:

—He pensado que lo mejor que podemos hacer es coger el tren para turistas que va a la capital.

—¿Por qué? Tiene que haber una forma más rápida de llegar allí.

—Sí, claro —dijo él aún pensativo—, pero no sé cuáles son los planes de Douglas aunque es casi seguro que intentará detenernos, lo último que imaginará es que viajaremos como simples turistas y por un medio tan arcaico como es el tren.

La joven se refugió entre los brazos del hombre.

—Tengo miedo, Steve —dijo—. Mucho miedo. Mi padre es capaz de cualquier cosa con tal de conservar su especie.

Black sintió el cuerpo de la muchacha apretarse contra el suyo. Temblaba ligeramente.

—No tengas miedo. Tu padre no sabe donde estamos. No podrá localizarnos.

—Tengo un mal presentimiento, Steve. Él es capaz de averiguarlo todo. Tiene poderes que no puedes ni imaginar y sé que aquí en la Tierra hay mucha gente que le obedece.

El komander acarició tiernamente los cabellos de 1a joven. Después la empujó hasta la cama y dijo:

—Es mejor que descanses y no pienses más en tu padre. Mañana saldremos para la capital e informaremos a las autoridades. Cuando lo hayamos hecho n< tendremos nada que temer.

Alejándose de la muchacha, el komander se dirigió hacia la puerta. Ella se interpuso en su camino.

—No me dejes sola, Steve. Ya te dije que tengo miedo. No soportaría pasar la noche lejos de ti.

El komander la miró sorprendido.

—¿Qué te sucede, Terkra? Hasta este momento demostraste ser muy valiente y decidida...

—Estaba fingiendo. La verdad es que tengo pánico.

Black la abrazó y la mantuvo apretada contra su cuerpo. Se sentía atraído por la muchacha, pero no quería aprovecharse de la situación. Sabía *que si se* Quedaba aquella noche en la habitación, terminaría por entregarse a sus deseos.

—Es mejor que durmamos en habitaciones separadas, Terkra —protestó tímidamente—. Yo soy un nombre y tú... una hermosa mujer. Podría verme tentado y...

—Por favor, Steve. Quédate... no te tengo miedo.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—Claro. Y para tu tranquilidad te diré que no serás el primero. En la isla también se hacía el amor.

Ella sonrió insinuante y añadió:

—Pero ninguno de los hombres de allí me gustaba como tú.

Terkra se le acercó y pasó la lengua por sus labios, ofreciéndose en el gesto, en la mirada. Él no pensó rechazarla. Era una tentación demasiado hermosa. Se apoderó de los labios de ella con su boca y las lenguas se entrecruzaron en un escarceo alucinante, estremecedor, al mismo tiempo que los cuerpos se pegaban y las manos se movían acariciantes.

De un modo instintivo ambos se fueron desnudando mutuamente. Al mismo tiempo retrocedían hacia la cama, en la que cayeron sin romper el abrazo que les unía.

Terkra estrechó con mayor fuerza al hombre y exhaló un gemido de placer al tiempo que él se posesionaba de su cuerpo.

* * *

La estación del ferrocarril turístico estaba atestada de gente. Eran sólo las siete de la mañana pero ya eran numerosos los grupos de curiosos que se movían por los andenes, escuchando las

explicaciones de los guías respecto al arcaico sistema de comunicaciones que había existido en la Tierra antes de la última guerra.

Desde el snack de la estación, Terkra y el komander observaron el continuo ajetreo de los turistas y el constante ir y venir de los trenes en medio de estridentes pitidos. Terminaron de tomar su desayuno, un compuesto vitamínico con una pequeña dosis de anfetaminas. Black abonó las consumiciones y, cogidos del brazo salieron a uno de los andenes para dirigirse a la oficina de información.

—¿A qué hora sale el primer tren para la capital? —preguntó el komander Black.

La azafata miró a la computadora que tenía ante ella.

—Dentro de siete minutos. Está estacionado en la vía nueve.

Black le dio las gracias y, llevando a Terkra de la mano, se dirigió a la vía indicada. Antes de subir al tren compró unos cartuchos de infor-visiones para entretenerse durante el trayecto. Después, tras mostrar sus billetes al revisor, se instaló con la muchacha en uno de los compartimientos de primera clase. Terkra se instaló junto a la ventanilla y miró al exterior.

—¿Durará mucho el viaje? —preguntó.

—El viaje es bastante largo. Hay que cruzar todo el país.

—¿Cuándo llegaremos?

—Al anochecer. Son catorce horas de viaje. Pero aunque estos vagones son arcaicos están muy bien conservados y resultan muy seguros. A nadie se les ocurrirá venir a buscarnos aquí.

A través de los altavoces de la estación se anunció la próxima salida del tren para la capital.

El komander se relajó en su asiento y miró con afecto a la muchacha. Se apoderó de una de sus manos y la besó en el dorso.

—Vamos a empezar nuestro viaje de luna de miel.

Ella le sonrió, halagada.

—Dijiste que estaríamos cómodos… —miró a la cama abatible y añadió—: ¿Podemos utilizarla?

—Claro, querida. En catorce horas habrá tiempo para muchas cosas… y sobre todo para eso.

Terkra se adelantó para besarle. Sus labios se unieron en una caricia intensa. Luego ella se separó y se puso a mirar de nuevo por

la ventanilla.

El tren empezaba a moverse, con cierta lentitud al principio. Gracias a eso, Terkra pudo ver a dos hombres que corrían por el andén para darle caza.

Los reconoció en el momento en que trepaban al último de los vagones y su rostro se tornó ceniciento, congestionándose de terror. Extendió una mano temblorosa hacia los andenes y balbuceó unas palabras casi ininteligibles.

Black levantó los ojos del aparato y la miró extrañado.

—¿Qué sucede, Terkra?

—Ellos... están aquí... Nos han descubierto.

El komander miró por los andenes ahora desiertos.

—¿Qué estás diciendo? No veo nada anormal.

—Los he visto como subían al tren, Steve. Tienes que creerme. Eran ellos, estoy segura.

—¿Quiénes?

—Rogy y Stan. Los dos asesinos que trabajan para mi padre. Vinieron a matarnos. ¡Estoy segura!

Black dejó la revista y abrazó a la muchacha atrayéndola contra su pecho.

—Estás muy nerviosa, Terkra. Seguramente eran otras personas. Puedes haberte equivocado.

Terkra movió la cabeza hacia ambos costados. Su expresión era sombría.

—No, Steve. ¡Eran ellos!

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Podría reconocerlos a un kilómetro de distancia. No hay dos hombres como ellos.

Black recordó a Rogy y a Stan y se estremeció. Terkra tenía razón. Era imposible equivocarse. Aquel aspecto, aquella mirada asesina...

—Es probable que tengas razón —dijo finalmente Black—. Tendremos que estar prevenidos.

—Salgamos de aquí, Steve. Bajémonos en la primera estación. Si dan con nosotros nos matarán sin contemplaciones.

—Sólo hay una parada a mitad de camino.

—¿A qué hora llegaremos allí?

—Dentro de unas tres o cuatro horas.

—No podemos esperar tanto —dijo Terkra con un hilo de voz—. Nos matarán mucho antes.

—No viajamos solos. Hay muchos pasajeros y no creo que puedan asesinarnos delante de todo el mundo.

—Pero aquí estamos solos. Lo mejor será cerrarnos con llave en el compartimiento.

Black negó con un movimiento de cabeza.

—Antes iré a investigar. Tenemos que comprobar si los que tú vistes eran realmente ellos.

Terkra lo cogió del brazo atrayéndole contra ella.

—No me dejes sola, Steve.

—No sucederá nada. Cierra con llave y no abras a nadie. Cuando regrese llamaré tres veces y luego otras tres más. ¿De acuerdo?

Sin poder contener un ligero temblor que le recorría el cuerpo, Terkra asintió.

Black salió del compartimiento y avanzó por el pasillo del vagón. Caminaba sigilosamente y mirando, a través de los cristales de las ventanas, hacia el interior de los otros compartimientos.

No veía a ninguno de los dos hombres por ningún lado.

* * *

Terkra caminaba por el reducido compartimiento esperando ansioso el regreso de Black.

De pronto sonaron tres golpes en la puerta. Terkra esperó. Tras unos segundos volvieron a tocar tres veces más. Era la contraseña de Steve.

Terkra se apresuró a abrir la puerta. Pero su rostro se contrajo en una mueca de horror al ver que no era Steve el que había llamado sino Rogy y Stan que la miraban sonrientes.

—Hola, querida —dijo Rogy—. Tu padre te echa de menos y nos pidió que te lleváramos de vuelta a casa.

Terkra no podía salir de su estupor.

—¿Qué te sucede? —dijo cínicamente Rogy—. ¿No te alegra vernos?

—¿Cómo lograron encontrarme, cómo supieron…? —apenas si pudo balbucear la muchacha—. ¿Y Steve?

—Nos subestimas, como siempre. ¿Olvidas acaso nuestros

poderes? Gracias a ellos pudimos oír vuestros planes y aquí estamos. Ahora déjanos entrar sin hacer escándalos. Juntos esperaremos la vuelta del komander Black.

Stan no hablaba, sólo miraba fijamente a la muchacha. Los tres continuaban de pie en la misma puerta del compartimiento.

De pronto, Terkra vio ante sus ojos como ambos hombres eran golpeados por un par de fuertes piernas, cayendo al suelo unos metros más adelante. Black entró como un rayo en el compartimiento y cerró la puerta tras él.

—¡Steve! —sollozó la muchacha arrojándose a sus brazos.

—Los vi al volver —dijo él abrazándola con fuerza—. Esta vez la suerte estuvo de nuestra parte: logré cogerles desprevenidos y además un par de revisores se acercaban por el pasillo. De momento no nos molestarán.

—¡Oh, Steve! No les conoces. Nos cogerán. Son unos monstruos asesinos y no se detendrán ante nada.

—Sí, sé que sólo ha sido un golpe de suerte, pero tengo un plan y sólo necesitamos un poco de tiempo para…

La muchacha le hizo señas para que no hablara. Rápidamente buscó un papel y un lápiz y nerviosamente escribió algo en él. Se lo tendió a Steve y éste pudo leer:

«No digas una palabra. Tienen poderes y pueden oírnos aunque estén a cierta distancia.»

Steve leyó la nota, luego miró a la muchacha y asintió.

Rápidamente escribió algo en el mismo papel y se lo enseñó a la chica.

«Esperemos a que el tren se detenga en la próxima estación, entonces saltaremos rápidamente a tierra. Falta poco, y con suerte, mientras los revisores estén por aquí recogiendo los billetes, ellos no nos podrán molestar. Recuerda que no quieren publicidad.»

Terkra terminó de leer la nota y unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Black la abrazó.

—Todo irá bien —dijo él consolándola—. Tranquila, querida. No

llores más. Estoy a tu lado y te protegeré.

De pronto unos golpes en la puerta les hicieron sobresaltarse.

—¿Quién es? —preguntó Black intentando demostrar serenidad.

—El inspector. ¿Podría enseñarme los billetes?

Terkra y Black se miraron.

—No estoy muy segura de reconocer su voz —dijo Terkra en voz baja al oído del komander.

—¿Quién dijo que era? —preguntó Black intentando que el hombre volviera a hablar.

—El inspector. Tengo que revisar sus billetes. Abra, por favor.

Black consultó a Terkra con la mirada.

—Creo que no son ellos. Pero prefiero que no abras.

Steve sacó los billetes del interior de su guerrera y se acercó a la puerta.

—Se los pasaré por debajo de la puerta —dijo—. Ahora no puedo abrirle.

—¿Cómo sé yo que no esconden a nadie allí? El reglamento dice que debo ver el interior del compartimiento.

—Estamos en este momento en la cama... mi mujer y yo. Debe comprender.

—Esperaré —dijo el hombre.

Black se acercó a Terkra y habló a su oído.

—¿Reconoces su voz?

—No es la de Rogy.

—¿Y la de Stan?

—Stan no habla. A veces pienso si no será mudo.

—Entonces, abriré. Baja la litera y métete bajo las sábanas. Le dije que estábamos en la cama.

La mujer obedeció y entonces Black abrió la puerta.

El inspector lo miró y luego contempló a la mujer que estaba en la cama. Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

Marcó los billetes y se los entregó al komander.

—Que tengan un buen viaje, señores. Y... disculpen las molestias.

Black cerró la puerta y suspiró aliviado.

* * *

El tren se estaba acercando a la estación y Black, en silencio se lo

hizo saber a la muchacha.

Terkra asintió.

—¡Ahora! —dijo Black.

Terkra se incorporó y abrió la puerta. El tren se había detenido.

Al salir al pasillo quedó paralizada por el miedo.

Stan y Rogy aguardaban pacientemente a cada extremo del vagón.

Black, que había salido detrás de ella, la cogió por un brazo y la arrastró nuevamente al interior de la cabina.

—¡Estamos perdidos...! —exclamó la muchacha—. ¡No lograremos salir con vida de aquí!

—¡Cálmate, Terkra! —dijo Black—. Con ponernos nerviosos no ganaremos nada.

De pronto golpearon a la puerta y una voz fría y metálica dijo: —Abran la puerta.

Terkra gritó:

—¡Es Rogy!

—Sabes que me será muy fácil tirar la puerta abajo y entonces...

—¡No abriré! —gritó Terkra.

Se hizo un momento de silencio. Luego Rogy dijo, con voz fria y serena:

—Tú lo has querido... ¡Uno!

Black cogió una silla de hierro que había en el camarote y la levantó sobre su cabeza.

—¡Dos!

El pitido estridente del tren anunció su próxima partida.

—¡Tres!

El tren comenzó a moverse en el mismo momento que la puerta del compartimiento cedía bajo el peso del cuerpo de Stan.

El komander vio la enorme figura del hombre caer en el interior de la cabina y lo golpeó con la silla en la cabeza.

El mastodonte ni se inmutó. Se puso de pie, como si nada hubiera ocurrido y golpeó al komander en la mandíbula.

Black sintió como que su cabeza estallaba en mil pedazos y cayó hacia atrás, pasando sobre la puerta caída y rodando por el pasillo.

—¡Huye, Steve! ¡Huye! —gritó Terkra.

Medio atontado por el golpe, Steve se puso en pie. Con el rabillo del ojo vio la figura de Stan que le apuntaba con un arma. Se arrojó

hacia un lado y vio salir de la boca del arma unos pequeños rayos que pasaron a pocos centímetros de su cabeza y dieron contra una pared del pasillo haciendo un boquete.

Stan volvió a apuntar, pero ya no tuvo tiempo de disparar.

Steve se arrojó contra él con la cabeza adelantada y le golpeó en la boca del estómago.

El asesino lanzó un sordo quejido y cayó hacia atrás, arrastrando a Steve en su caída.

Los dos hombres comenzaron a debatirse en el suelo mientras Rogy les observaba con una de aquellas terribles armas entre sus manos.

No se atrevía a disparar por temor a herir a su compañero.

Rodando por el pasillo, los dos hombres llegaron junto a la puerta del tren que se encontraba abierta.

Black sintió los huesudos dedos de Stan rodeando su cuello y vio las vías del tren pasar por debajo de su cabeza. Estaba con medio cuerpo suspendido en el aire y aprisionado por las manos del asesino que intentaban ahogarlo.

Poco a poco el komander sintió que le faltaba el aire y su rostro comenzó a teñirse de morado. Las fuerzas le abandonaban y todo giraba alrededor de su cabeza.

En un último esfuerzo Black consiguió liberarse de las garras de Stan. El komander le golpeó con fuerza, tirándole hacia atrás.

Rápidamente Black se puso de pie, y cuando se disponía a arrojarse sobre Stan, sintió un fuerte impacto en el hombro, y todo se nubló ante sus ojos.

Intentó dar un paso adelante, pero trastabilló y cayó hacia atrás, fuera del tren. Rodó por la hierba a un lado de la vía.

Antes de perder el conocimiento, vio como el tren se alejaba y sus labios se movieron:

—Terkra... —dijo y cayó en el hondo y negro abismo de la inconsciencia.

CAPITULO V

El komander Black abrió los ojos y le pareció que todo daba vueltas a su alrededor. No veía más que imágenes borrosas que giraban en torno a su cabeza a una velocidad vertiginosa.

Poco a poco las imágenes se fueron haciendo más nítidas y descubrió que estaba en una habitación con las paredes pintadas de blanco. Ocupaba una de las dos, camas que había en el cuarto. La otra estaba vacía.

Black recordó lo que había sucedido. La lucha con aquel asesino, el disparo y la caída del tren. Se asombró de encontrarse con vida.

Recordó también a Xkor y su diabólico plan y sintió que su cuerpo se estremecía. Tenía que actuar de inmediato, pero ni siquiera sabía qué día era ni cuánto tiempo había estado inconsciente.

Tal vez ya era demasiado tarde.

Se horrorizó ante semejante idea e intentó incorporarse. Una fuerte punzada en el pecho se lo impidió. Tenía un grueso vendaje, manchado de sangre, que le cruzaba el torso y el hombro derecho.

Sobreponiéndose al dolor, Black se sentó en la cama y descubrió un timbre sobre su cabeza. Lo pulsó insistentemente.

Dos minutos después, una enfermera joven y bastante guapa entró en la habitación.

—Buenos días, komander Black —dijo sonriendo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó asombrado el komander.

—Encontramos su documentación entre sus ropas. ¿Se encuentra mejor?

—Sí. ¿Dónde estoy?

—En un centro hospitalario de investigación.

—¿Qué día es hoy?

—Diecisiete de febrero.

—¿Está segura? Es de extrema importancia...

La enfermera le miró extrañada.

—Sí. Completamente segura.

Black pensó que sólo disponía de cuatro días. Tendría que actuar de prisa si quería evitar la gran catástrofe mundial.

—Tengo que salir de aquí —dijo con cierta desesperación—. Necesito ir a la capital esta misma tarde.

La enfermera negó con un movimiento de cabeza.

—Lo siento, komander. Pero está usted muy débil. Casi no sale con vida a causa de las heridas. Tendrá que permanecer unos días más en observación. Dentro de una semana le darán de alta y...

—¿Una semana? —gritó Steve horrorizado—. Entonces será demasiado tarde. ¡Tengo que marcharme ahora mismo!

La muchacha le miró sin comprender.

—¿Demasiado tarde... para qué?

Black hizo un gesto de desaliento con las manos.

—De todas formas usted no lo comprendería. Tengo que hablar con mis superiores... Deben dejarme salir.

—Aunque tuviese el alta tampoco se podría ir, komander. El Control de Orden y Seguridad quiere hablar con usted.

—¿El C.O.S.? ¿Por qué?

—Alguien le encontró y le trajo aquí presentando heridas muy extrañas —explicó la enfermera—. Nuestro deber es avisar al C.O.S. y así lo hicimos. Quieren saber qué sucedió.

El komander asintió con un movimiento de cabeza. Resultaba lógico que así fuese. Sin embargo, dudaba que le fueran a creer su relato sobre lo sucedido.

—¿Qué diría usted —comenzó a hablar Black—, si le contara que un grupo de extraterrestres planea desencadenar la Cuarta Guerra Mundial, haciendo que nos destruyamos unos a otros, para luego ocupar ellos la Tierra? ¿Me creería?

La enfermera no se inmutó ante las palabras de Black.

—Lo siento, komander. De momento no puedo hacer nada por usted. Será mejor que descanse, lo necesita. Más adelante volveremos a hablar de este asunto.

—Está bien, la comprendo. Piensa que estoy loco y no la culpo. A veces también yo lo creo, pero desgraciadamente sé que no es así. Por lo menos déjeme hablar con los del C.O.S. ahora mismo. Luego me iré... con o sin permiso.

La enfermera se encogió de hombros y salió de la habitación.

Momentos después reapareció acompañada de un hombre de baja estatura y fuerte complexión.

—Mi nombre es Sky y represento al C.O.S. en esta región.

—Encantado de conocerle. Tome asiento, por favor.

El representante del C.O.S. cogió una silla y se sentó a un costado

de la cama.

—Alguien le ha atacado —dijo—. ¡Cuénteme lo que ha sucedido!

Black carraspeó. Luego replicó:

—Lamento no poder ayudarle demasiado. Sólo sé que quien me atacó es un tal Stan. Desconozco su apellido, así como el tipo de arma que utilizó. Ni siquiera estoy seguro de que sea un terrícola.

—¿Cómo? —dijo Sky sorprendido.

El komander meditó un momento antes de responder.

—No sé cómo explicárselo. Poseo cierta información que debo comunicar urgentemente a mis superiores de la capital. Me dirigía hacia allí cuando fui atacado.

—¿Qué tipo de información es ésa?

—No se la puedo decir de momento. No me creería. Tengo que hablar urgentemente con el direktor Stone.

Sky le miró con cierta desconfianza. Luego dijo:

—Está bien. ¿Tiene algo más que agregar?

—Sí. Una joven que viajaba conmigo fue secuestrada por mis agresores. Aunque supongo que ya deben haberla sacado del país.

—¿Cómo es la muchacha?

Black hizo una descripción de Terkra y luego Sky dijo:

—Tendré que comprobar lo que me ha dicho. De momento no puede salir de aquí.

—Debo viajar a la capital... Es muy importante.

—Cuando haya concluido la investigación podrá salir.

—¿Cuánto durará eso?

—No lo sé. Al menos dos o tres días.

—Tiene que acelerar los trámites, Sky. Es un asunto de vida o muerte... y nos atañe a todos.

Sky meditó durante unos segundos. Luego dijo:

—Intentaré hacerlo lo más rápido posible. Quizá mañana ya pueda irse.

—Gracias —dijo Black algo más esperanzado.

—Hasta mañana, komander. Y no salga del hospital hasta que se lo permita.

Black volvió a recostarse sobre la almohada y pensó en Terkra. «Si no la han matado estará prisionera en Bloodland», se dijo.

Cerró los ojos y se juró a sí mismo que iría a rescatarla.

* * *

Stan se encontraba en la habitación de un hotel. Terkra estaba atada y amordazada tendida sobre la cama.

De pronto la puerta se abrió y Rogy entró en la habitación. Se le veía furioso. El aspecto del enano era realmente espeluznante.

—He podido contactar —dijo con furia—. Black no ha muerto. Se recuperaren un hospital. Iré a hacerle una visita.

Stan asintió con un movimiento de cabeza.

—Tú encárgate de vigilar a esta tonta —dijo Rogy—. Si no vuelvo esta noche vete con ella a Bloodland. Su padre debe estar ansioso por darle su merecido.

Stan emitió un gruñido en señal de asentimiento.

Rogy salió de la habitación dando un portazo.

* * *

Era cerca de medianoche cuando Rogy llegó al hospital donde se encontraba Black.

Una enfermera salió a su encuentro.

—¿Qué desea, señor?

—Quiero ver al komander Black.

—Lo siento, señor. El komander Blach no puede recibir visitas. El médico lo ha prohibido.

—Soy un buen amigo suyo —mintió Rogy—. Sé que mi visita le animará y he venido desde muy lejos sólo para verle.

—Lo siento, pero es totalmente imposible —insistió la enfermera —. Quizá mañana tenga más suerte.

Rogy no se movió. Sus ojos brillaron con odio.

—No puedo esperar a mañana. Tengo que verle ahora mismo. Será cuestión de un minuto.

—Ya le he dicho que el médico lo ha prohibido y yo no puedo...

—¿Dónde está el médico? —le interrumpió Rogy.

—En la tercera planta.

Rogy dio las gracias con un movimiento de cabeza y se encaminó al ascensor. Pulsó el botón de la tercera planta y mientras subía acarició la fría superficie del arma que llevaba consigo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Rogy se dirigió a la sala de

guardia.

Un médico joven, vistiendo una bata blanca, estaba sentado detrás de una mesa. A su lado había una enfermera rubia y bonita.

—¿Qué desea, señor? —preguntó la enfermera.

—¿El médico observador de guardia...?

—Soy yo —dijo el joven—. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero ver al komander Steve Black.

—Lo lamento, pero es totalmente imposible. El komander Black se encuentra aún muy débil y no puede recibir visitas.

Rogy se volvió hacia la puerta en ademán de marcharse. Extrajo el arma y, volviéndose rápidamente, apuntó con ella al médico.

—¿Dónde está Black?

El médico le miró sorprendido y la enfermera lanzó un alarido de terror.

—¡Cállese! —exclamó Rogy furioso—. ¿Cuál es el número de la habitación? ¡De prisa!

—Trescientos... trescientos treinta y tres —respondió el médico con un hilo de voz.

Rogy sonrió diabólicamente. Su rostro se parecía al de un reptil a punto de clavar el veneno.

—Gracias —dijo y levantó el arma hacia la cabeza del joven.

El médico palideció.

—¡No! ¿Qué va a hacer...?

Rogy apretó el gatillo y del arma surgió un luminoso rayo. No se oyó ninguna detonación.

De la frente del médico brotó un gran chorro de sangre y sin emitir ningún gemido cayó al suelo.

La enfermera gritó.

Rogy se giró rápidamente y disparó sobre ella. Otra vez el rayo luminoso alcanzó a su víctima, esta vez en medio del pecho.

La túnica de la enfermera, antes muy blanca, se tiñó de rojo y la mujer se desplomó como un saco inerte.

Rogy volvió a sonreír y salió de la habitación disimulando el arma entre sus ropas.

* * *

Black se despertó sobresaltado.

En medio del silencio del hospital, había escuchado un alarido que le había helado la sangre.

Luego nuevamente el silencio.

Pero no había sido un sueño. No. El grito había sido real y se había producido en su misma planta.

Haciendo un gran esfuerzo, Black bajó de la cama y colocó la almohada entre las sábanas, simulando un cuerpo. Luego cogió unas tijeras quirúrgicas que estaban sobre la mesita de noche y se situó detrás de la puerta.

La oscuridad era casi absoluta y sólo se veía el tenue resplandor de la luna que se filtraba por las rendijas de la persiana.

Desde el pasillo escuchó el crujido de unos zapatos sobre el suelo metálico.

Black contuvo la respiración y aguardó en silencio.

El ruido de los zapatos se fue acercando lentamente hasta detenerse frente a la puerta.

Transcurrieron unos segundos antes de que la puerta se abriera.

Black vio aparecer la diminuta figura de un hombre que entraba sigilosamente en la habitación.

No había duda. Era Rogy.

Black sintió que su cuerpo se estremecía. Se sentía abrumado por su responsabilidad pero no tenía miedo. Un solo paso en falso y, no sólo él, sino que la humanidad entera estaría perdida.

El komander vio, entonces, cómo el asesino sacaba aquella extraña arma, la misma que le había herido anteriormente, del interior de sus ropas.

Rogy apuntó hacia el bulto de la cama y disparó.

Entonces Black se decidió.

Empuñando las tijeras como si fuese un puñal, se abalanzó sobre el enano. Rodeándole el cuello con uno de sus brazos, hundió las tijeras en su estómago.

Rogy lanzó un sordo gemido y el arma cayó al suelo.

Black lo mantuvo inmovilizado y volvió a clavar las tijeras en su cuerpo.

Esta vez Rogy no gritó.

No podía hacerlo.

Ya no era más que un cadáver.

CAPITULO VI

El komander Steve Black contempló el cuerpo sin vida del asesino y comprendió que tenía que salir inmediatamente de aquel lugar. Cuando el C.O.S. tomase cartas en el asunto se le retendría durante varios días y ya nadie podría impedir que Xkor pusiera su plan en marcha.

Arrojó las tijeras sobre el cadáver y abrió el armario. Allí estaba su uniforme.

Sin perder ni un segundo, se vistió sobreponiéndose al dolor que le causaban sus heridas.

Antes de salir de la habitación cogió el arma que llevaba Rogy.

Caminando lentamente, salió al pasillo y avanzó en dirección al ascensor. Antes de llegar vio una puerta entreabierta y una gran mancha oscura en el suelo.

Abrió la puerta y su rostro adquirió una expresión de rabia y horror.

En medio de un charco de sangre estaban los cuerpos del médico y la enfermera.

Blach descolgó el videófono y marcó el número del C.O.S.

Le atendió el propio Sky.

—Le habla el komander Black, Steve Black. El hombre del que le hablé estuvo en el hospital. Tenía intenciones de matarme, pero yo me adelanté.

—¿Le mató usted?

—Sí. Podrá encontrar su cadáver en mi habitación. También hay otros dos muertos: un médico y una enfermera. Seguramente Rogy les asesinó antes de intentar matarme. Usted mismo puede verlos.

En la pantalla, Black pudo ver el rostro estupefacto de Sky.

—No se mueva de ahí, komander. En seguida voy.

—Lamento no poder esperarle. Necesito llegar a la capital cuanto antes...

—No puede hacer eso. No puede irse.

—No intente detenerme, Sky. Deme sólo cuarenta y ocho horas. Luego regresaré aquí. La seguridad del mundo depende de que llegue a la capital cuanto antes.

El inspector quiso protestar, pero Black desconectó el videófono.

Luego se dirigió al ascensor con paso decidido y pulsó el botón

de la planta baja.

La enfermera de la recepción le miró asombrada.

—¿Adónde va, komander?

—Tengo que irme urgentemente. Cuando lleguen los del C.O.S. dígales que pronto tendrán noticias mías.

—Pero usted no puede irse. El doctor dijo que...

—El doctor está muerto —respondió Black—. Le han asesinado.

La mujer abrió la boca y contuvo un grito en la garganta.

El komander Black salió a la calle. Sintió sobre su rostro un viento frío, helado.

Caminó unos trescientos metros bajo una delgada pero pertinaz y fría llovizna hasta que un aerotaxi se detuvo a su lado.

Dentro del aparato el komander lo programó para que le llevara a la aeroestación-Al.

Apenas el aerotaxi comenzaba a elevarse nuevamente cuando Black escuchó a lo lejos el característico silbido de las sirenas del C.O.S.

* * *

—Controller Douglas, el éxito de nuestra operación depende de usted.

La voz fría, serena, pero autoritaria de Xkor se escuchaba nítidamente a través del receptor.

—¿De qué se trata, Xkor? —preguntó Douglas—. No me dirá que Black está aún causándole, problemas.

—Así es, Douglas. Este terrícola es más listo de lo que yo me suponía. Logró huir con vida matando a uno de mis mejores hombres.

—¿Qué debo hacer, Xkor?

—¡Matarle antes de que llegue a la capital!

—Eso es imposible. Lleva ventaja.

—Pero usted tiene poderes como para lograr que le detengan en la aeroestación de la capital.

Gruesas gotas de sudor surcaban la frente del controller Douglas.

—¿Con qué excusa le haré detener?

—Diga que es un espía o un loco, me da igual. Pero es imprescindible que le detengan. Hable también con el direktor Stone

y dígale lo mismo. Luego usted mismo viajará a la capital.

Douglas enjugó el sudor de su frente. Luego dijo:

—Así lo haré, Xkor.

—Confío en usted, controller. Si mi plan fracasa… —la frase quedó en suspenso.

—No fracasaré.

—Le conviene que así sea. Ahora dese prisa. Hasta los segundos son de vital importancia para nosotros.

Douglas cerró la comunicación y conectó el videófono interior. En la pantalla apareció el rostro inexpresivo de una joven.

—Póngame en comunicación directa con la aeroestación de la capital —ordenó el controller Douglas—. Y con el direktor Stone. Es muy urgente.

—Ahora mismo puede hablar con la aeroestación —contestó la fría pero eficiente muchacha.

En el rostro del controller Douglas apareció una expresión de satisfacción.

* * *

El komander Black suspiró aliviado al descender por la escalerilla automática de la nave que lo había transportado a la capital.

«Por fin podré ponerme en contacto con el direktor Stone. El encontrará la forma para salir de esto», pensó mientras era dirigido al edificio central.

No bien había traspasado la puerta de la terminal cuando un hombre uniformado se le acercó.

—¿Komander Black? —preguntó el oficial.

—Sí —respondió Black algo sorprendido—. ¿Qué sucede?

—Debe acompañarme —respondió el oficial.

—¿Acompañarle? ¿Adónde?

—El controller Galson quiere verle.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrá.

—Escuche, no tengo mucho tiempo para perder y…

—Sólo será por unos minutos —le cortó el oficial—. ¡Sígame!

Black siguió al hombre hasta un despacho del edificio central de la aeroestación.

El controller Galson le aguardaba sentado ante un escritorio.

—Siéntese, komander.

Black obedeció.

—Lo siento, controller, pero no entiendo qué está sucediendo, ni qué necesitan de mí. Tengo mucha prisa.

—Tranquilícese, komander. Le explicaré: he recibido una llamada informándome de su llegada a la capital y según parece no está muy clara la causa de este viaje.

—¿Quién le llamó? —preguntó algo asombrado.

—No puedo decírselo, komander. Ahora tendrá que contestar a algunas preguntas y someterse a una pequeña investigación.

Black suspiró. Se daba cuenta que todo era obra de Xkor para intentar retenerle.

—Está bien —dijo finalmente—. Contestaré a sus preguntas, sólo espero que no me retenga demasiado tiempo.

—Eso depende de usted —dijo el controller y acto seguido comenzó a interrogarle—. ¿Cuál es el motivo de su viaje a la capital?

—Tengo suma urgencia en hablar con el direktor Stone.

—Sí, eso me dijeron. ¿Y cuál es el motivo por el que tiene tanta urgencia en hablar con nuestro direktor?

—De momento no puedo decírselo, pero es de vital importancia.

—Debe saber, komander, que según mi informador usted es un hombre peligroso, un loco o un espía enemigo. Este punto no está del todo claro, pero lo que sí parece estarlo es que sus intenciones son las de matar al direktor Stone.

—¿Cómo dice? ¿Matar al direktor? ¡Es una verdadera locura!

—Sí, tiene usted razón, es una verdadera locura, que según parece proviene de su persona —dijo el controller Galson y agregó —: ¿Lleva armas?

Black sintió que la sangre se le helaba. Recordó el arma de Rogy que él había recogido después de matarle.

—Por su actitud, pudo deducir que sí tiene una —dijo el controller—. ¿Quiere entregármela, komander?

—¿Por qué? ¡Como militar me está permitido llevar armas!

—Así es, komander. Pero sobre usted pesa una fuerte acusación, y hasta que no la tengamos totalmente clarificada queda bajo arresto preventivo. Así que haga el favor de entregarme su arma.

—Está bien —dijo Black— pero antes déjeme ponerle al tanto de lo que está sucediendo.

—Muy bien, komander. ¡Hable!

Black contó al sorprendido controller Galson todo lo que había sucedido desde que Xkor se había apoderado de él y de su nave, hasta su llegada a la capital para ver al direktor Stone.

—Como se darán cuenta —terminó Black—, es de vital importancia que informe al direktor Stone.

—Komander Black —dijo Galson pausadamente—. Lo único que creo de verdad importante es que se le encierre a usted bajo un intensivo tratamiento psicoanalítico.

—¡Tiene que creerme, controller!

—Tranquilícese… —dijo el controller, con cierto tono paternal—. Terminará por curarse. Actualmente existen formas muy rápidas de curar la mente, pero si no fuera así…

—¡Controller! —gritó Black poniéndose de pie—. Si no me cree, en poco tiempo no existiremos ni usted ni yo.

—Vamos, komander, sea razonable…

Black sacó el arma que aún llevaba consigo y apuntó al controller Galson. Este se puso de pie sorprendido.

—¿Qué significa esto? ¿No se da cuenta de que está empeorando las cosas?

—Lo siento, controller Galson. Pero me iré de aquí aunque para ello tenga que matarle. Así que ordene a sus hombres que me dejen salir.

El controller Galson reflexionó durante unos segundos.

—Está bien. Puede irse. Nadie se lo impedirá. Pero tenga esto presente: ¡no llegará muy lejos!

CAPITULO VII

El komander Black cogió un aerotaxi en la puerta de la misma terminal de pasajeros. Una vez dentro lo programó para que le llevara a la Dirección de Todos los Ejércitos A-l. Allí esperaba encontrar al direktor Stone y si la suerte le acompañaba lograría hablar con él antes de que le detuvieran.

Mientras recorría el largo camino, el komander meditó acerca del incidente del aeropuerto.

Resultaba claro que todo había sido obra de Xkor. Pero también era obvio que no había sido el mismo Xkor el que había llamado al controller Galson.

Xkor debía contar con la ayuda de alguien que ocupara algún puesto clave dentro de las Fuerzas Aéreas y Astrales. Alguien, que además estaba tan bien informado como para saber que él se dirigía a la capital para entrevistarse con el direktor Stone.

¿Pero, quién era la persona? ¿Y cuántas más obedecían a Xkor?

Aún no lo sabía, pero a partir de ahora tendría que actuar con el máximo cuidado.

Al llegar a la altura del edificio de Dirección de Todos los Ejércitos, el aerotaxi descendió hasta dejar a Black frente a la puerta, donde había tres soldados custodiándola.

—Tengo que ver al direktor Stone —dijo Black a uno de ellos.

—¡Identifíquese!

—Soy el komander Steve Black —dijo mostrándole su tarjeta de identificación—. Tengo un asunto muy importante y urgente que comunicarle al direktor.

—Le ha concedido el director Stone la entrevista?

—No, pero, como le dije es algo de vital importancia.

El soldado alzó las cejas y apretó uno de los múltiples botones del intervideófono. En la pequeña pantalla apareció el rostro de otro oficial.

—¿Algún problema? —preguntó el oficial a través de la pantalla.

—No lo sé. Aquí está el komander Black, quiere ver de cualquier forma al direktor, pero no tiene concertada ninguna entrevista. Dice que es de vital importancia.

—Que pase. Le están esperando —respondió el oficial.

El soldado desconectó el aparato y se dirigió al komander.

—Le recibirán, según parece le esperaban —dijo algo malhumorado—. Diríjase a la planta séptima.

El komander dio las gracias con un movimiento de cabeza y subió rápidamente hasta la séptima planta.

Un oficial salió a su encuentro.

—¿Komander Black?

—Sí, soy yo.

—Le esperábamos.

—Ya lo comprendo, pero antes de que me encierren necesito ver al direktor Stone.

—El direktor Stone le recibirá siempre que usted me entregue su arma.

—Aquí la tiene —dijo Stone, entregándosela.

El oficial cogió el arma que había sido de Rogy y la observó con extrañeza.

— Komander, ésta no es el arma reglamentaria —dijo.

—Ya lo sé. No tengo mi arma reglamentaria, puede revisarme.

—No será necesario, antes de entrar en el despacho del direktor Stone, el detector se encargará de ver que todo está en orden.

—Bien —contestó Black—. Pero por favor envíe el arma al Centro de Investigación Espacial.

—Esa orden sólo puede dármela nuestro direktor —dijo el oficial con cierto tono de reproche—. Ahora sígame.

El oficial le acompañó hasta una de las múltiples puertas que había en dicha planta.

—Es aquí —dijo.

Black vio como se encendía una luz frente a él. Era el *detector* que realizaba su investigación.

Tras unos breves segundos las puertas se abrieron automáticamente.

—Ya puede pasar —dijo antes de retirarse el oficial que le acompañaba.

Black entró en el despacho y en su rostro se dibujó una expresión de asombro. Junto al direktor Stone estaba el controller Douglas.

Las puertas se cerraron tras dejar pasar a Black y tres oficiales armados se apostaron ante ella vigilando cada movimiento del komander.

El controller Douglas le señaló con el índice:

—¡Es él! —gritó—. Es un espía enemigo y además ha perdido el juicio.

Black se sobresaltó. Estaba furioso.

Ahora lo comprendía todo. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Tal vez fuera ya demasiado tarde pero tenía que intentarlo. Justo en ese momento podía ver claro: el controller Douglas era uno de los terrícolas sometidos a la voluntad de Xkor. Él le había puesto las trabas para que no pudiera hablar con el direktor Stone y ahora intentaba hacerle pasar por loco o por espía o mejor aún, por ambas cosas.

No sabía cómo salir de ésta y hacer que le creyeran. ¡Tenía que convencer al direktor Stone! ¡La Humanidad entera dependía de ello!

El komander Black avanzó hacia el direktor Stone.

Dos de los oficiales le cerraron rápidamente el paso y le cogieron por los brazos.

—¡Direktor, debe oírme! —exclamó Black, intentando librarse de los oficiales—. ¡Debe creerme! ¡No estoy loco, aún no!

El direktor hizo un gesto a los oficiales y éstos soltaron a Black.

—¿No va a arrestarle, direktor? —preguntó Douglas que comenzaba a ponerse nervioso.

—Si no se actúa de inmediato —continuó diciendo Black—, Xkor llevará adelante su plan y ya será demasiado tarde para todos nosotros.

—¡Cállese ya! —dijo uno de los oficiales.

El komander Black intentó volver a protestar, pero fue empujado fuera y trasladado a la prisión.

* * *

«Todo marcha a la perfección —pensó Xkor—. Black está en prisión y ya nada ni nadie podrá detenerme.»

Desde su centro de mando Xkor controlaba los últimos operativos para llevar a cabo su plan.

Todos sus hombres se encontraban en los puestos de alerta. Sólo faltaban cuarenta y ocho horas para el momento señalado.

En una de las pantallas, Xkor podía ver varios barcos de guerra

maniobrando en el océano.

Sólo faltaba que los de una y otra potencia hubieran ocupado sus respectivos puestos, entonces empezaría la cuenta atrás y a las siete de la mañana del 21 de febrero efectuarían el ataque.

Sólo una cosa enturbiaba la felicidad de Xkor. La traición de su propia hija Terkra. Aunque en parte fuera una terrícola, como su madre, también tenía algo de él, era en parte una kraniana. Y él había aprendido a quererla. Pero no podía permitir que ese sentimiento, que en el fondo consideraba estúpido, se interpusiera a su grandioso plan.

Terkra era una traidora y en Bloodland a los traidores se les condenaba a muerte... y se les ejecutaba.

Xkor se dirigió a la puerta metálica y se detuvo un segundo delante de ésta que se abrió automáticamente. Salió de la habitación y con paso decidido atravesó el pasillo y subió por unas escaleras hasta llegar directamente a la sala de condenas.

Trece hombres, vestidos con unas extrañas túnicas negras manchadas de lo que parecía ser sangre, le aguardaban sentados alrededor de una mesa.

Xkor se sentó presidiendo la mesa. En la sala reinaba un silencio sepulcral. Los fríos ojos de Xkor recorrieron los rostros de los trece miembros allí reunidos.

—Bien sabéis —dijo Xkor— que no es mi costumbre estar presente en este tipo de deliberaciones. Para algo les tengo a ustedes. Pero éste es un caso especial y quiero apoyarles personalmente.

Ninguno de los trece hombres, pertenecientes a aquel siniestro tribunal, dijo nada. Xkor volvió a pasar su mirada sobre cada uno de los trece rostros.

—Que pase la acusada —ordenó finalmente con voz fría y carente de todo sentimiento.

La puerta se abrió y Terkra entró en la habitación arrastrada por dos hombres que la llevaban de los brazos.

Vestía una túnica blanca, la que pertenecía a los acusados de traición, y en su rostro se dibujaba una expresión de terror.

Xkor se puso de pie y miró fijamente a los ojos de su hija. En su mirada había un brillo entre satánico y despectivo.

—Terkra —su voz sonaba fría, serena, metálica—. Has

traicionado a tu raza. Has conspirado contra la Nueva Vida ayudado a escapar a un enemigo. Has huido con él y puesto en peligro nuestros planes de ocupar la Tierra. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Terkra levantó la vista y la fijó en los ojos de su padre. Había en su mirada una mezcla de dolor, impotencia y odio.

—No —dijo con serenidad—. ¡Prefiero morir antes que secundar tus diabólicos planes!

Xkor consultó con la mirada a los trece miembros del *jurado.*

Uno a uno, los miembros de aquel extraño jurado, fueron cerrando sus ojos.

Xkor volvió a tomar la palabra:

—Terkra, se te condena a muerte por traición a la Nueva Vida. Serás ejecutada en la cámara de inmersión y tu muerte sobrevendrá en el mismo instante en que nuestra operación se ponga en marcha.

Terkra escuchó el veredicto con serenidad. En su rostro ya no se expresaba el terror.

—¡Llévensela! —ordenó Xkor.

La joven fue retirada de la sala por unos guardias.

Terkra se dejó conducir por los pasillos hasta llegar a unas interminables escalerillas que parecían descender a unas catacumbas.

Recordaba que desde muy pequeña le habían horrorizado aquellas siniestras escaleras que conducían a la oscuridad.

Los guardias la ayudaron a bajar. Había podido contar más de mil escalones cuando la hicieron detenerse en medio de la oscuridad.

Terkra oyó un ruido semejante al de una puerta al abrirse.

—Es tu última morada —dijo uno de los guardias—. Cuando abran la cámara de inmersión el agua comenzará a entrar lentamente hasta llenar toda la habitación.

Terkra fue empujada dentro de la habitación, cayendo al suelo que era frío y húmedo. Oyó el ruido metálico de la puerta al cerrarse y la envolvió la oscuridad.

CAPITULO VIII

Era el anochecer del 19 de febrero.

El komander Black se encontraba estirado en el camastro de su celda. Quedaban pocas horas y ya casi no tenía ninguna esperanza de poder evitar la gran catástrofe mundial.

Mil veces había pedido volver a hablar con el direktor Stone, pero nadie le había hecho caso.

Black cerró los ojos. No podía hacer más que pensar… y dormir cuando le vencía el agotamiento.

Pero la mayor parte del tiempo su mente daba vueltas y más vueltas.

Ni siquiera en sueños podía descansar.

Siempre en su mente se le presentaban terribles imágenes de muerte y de horror.

Terminaría por enloquecer.

Intentó pensar en Terkra.

¿Qué habría sido de ella…? ¿Viviría aún?

Se la imaginaba torturada por la siniestra mente de Xkor, su propio padre, antes de morir.

Black dormitaba atrapado por terribles pesadillas.

—Terkra… Terkra… —balbuceó entre sueños.

De pronto, como si fuera parte de su sueño, sintió a lo lejos el ruido de unos pasos que se acercaban.

Creyó que sería Terkra que venía a buscarlo. Finalmente volverían a estar juntos. Y todo lo vivido había sido nada más que un sueño, una pesadilla.

La puerta de la celda se abrió y Black se despertó sobresaltado.

Su rostro estaba empapado en un sudor frío.

Había alguien de pie frente a él.

Pero no era Terkra.

—Buenas noches, komander Black —retumbó en su cabeza una voz de hombre.

Black se esforzó por despejar su mente de sueños y pesadillas.

Finalmente consiguió reaccionar. Esta vez no se trataba de ninguna ilusión, era el direktor Stone en persona quien estaba a su lado.

—¿Le pasa algo? ¿Se encuentra mal? —preguntó el direktor.

—No, discúlpeme. Estaba soñando... Me encuentro algo confundido.

El direktor Stone se hizo traer una silla y se sentó frente a Black. Luego ordenó a los carceleros que les dejaran solos.

Una vez la puerta de la celda se cerró tras los carceleros, los dos hombres se encontraron en penumbras.

—Dígame todo, absolutamente todo lo que sepa acerca de Bloodland —dijo el direktor.

Black se sintió sorprendido al escuchar lo que Stone le pedía. Y un rayo de esperanza iluminó sus ojos.

—¿Iniciará una investigación? —preguntó.

—No, no hay tiempo para eso. Es preciso actuar inmediatamente.

—No le entiendo, direktor. ¿Por qué cree ahora en mí?

—El controller Douglas fue detenido cuando intentaba huir del país llevando consigo documentos de importancia. Lo teníamos estrechamente vigilado, pues se sospechaba de él desde hacía tiempo, pero no podíamos hacer nada hasta no tener pruebas y ahora las tenemos. Por desgracia hay muchos más implicados en este asunto, pero tenemos todo bajo control.

Black suspiró aliviado.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo.

—Según tengo entendido —dijo el direktor—, estos extraterrestres del planeta Kroño son bastante similares a nosotros. En fin que no tenemos que luchar con seres muy superiores a nosotros, ¿verdad?

—Por suerte, así es.

El director Stone escuchó el relato pormenorizado del komander y luego dijo:

—Ahora es demasiado tarde para interrumpir las maniobras y es totalmente imposible avisarles a los jerarcas de la Confederación del Este sobre todo lo que está sucediendo. Pensarían, con toda seguridad, que se trata de una trampa nuestra. Sólo nos queda una solución...

—¿Cuál? —preguntó Black.

—Bombardear esa especie de islote sin necesidad de alarmar a nadie, simulando maniobras militares.

Black no pudo evitar pensar en Terkra.

—Direktor, en ese *islote* hay prisioneros que no tienen por qué

morir.

—Lo sé, komander pero no podemos hacer otra cosa.

—Déjeme intentar rescatarlos antes de destruir la isla.

—¿Cómo?

—Sólo tiene que darme una nave y buen armamento. Si al amanecer del día 21 no he regresado, hace usted lo que deba.

Stone meditó un instante.

—Está bien —dijo finalmente—. Lo considero sumamente arriesgado pero podemos intentarlo. Si usted no ha regresado antes de las cinco de la mañana del día 21 atacaremos la isla. ¿Conforme?

Black asintió con un movimiento de cabeza.

El direktor Stone llamó a los carceleros y ambos salieron de la celda.

En el exterior de la prisión les esperaba un aeromóvil oficial.

—A la aeroestación militar —ordenó el direktor a su chófer.

El aeromóvil se elevó, colocándose con rapidez en la aerovía destinada a los móviles oficiales.

—¿Qué armamento desea llevar?

—El habitual. Pero quiero que se disimule en el interior de la nave un explosivo de alto poder capaz de destruir toda la base y con un sistema de detonación retardado. Debe programarse para que estalle a las seis de la mañana del día 21 de febrero. También necesito precisar de nuestras pistolas láser.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más?

—Aparte de esto sólo necesito que la suerte me acompañe.

El general accionó el micrófono del aeromóvil y anunció:

—Aquí el direktor Stone. Necesito dos de nuestros mejores técnicos en explosivos. Deben estar en la aeroestación militar en siete minutos como máximo. Y una nave super Tek-War S-X debe estar lista para despegar en cualquier momento para una misión especial.

—Entendido, direktor —respondió una voz metálica—. Su mensaje será transmitido urgentemente.

Pocos minutos después el aeromóvil descendía en uno de los hangares de la aeroestación militar.

Un equipo de mecánicos trabajaban aceleradamente sobre un súper Tek-War S-X que en pocos minutos estaría preparado para volar.

* * *

Era aún de madrugada cuando el komander Black se instaló en la pequeña cabina del súper Tek-War S-X.

Disimulado debajo de su asiento, un poderoso artefacto explosivo con un complejo mecanismo de relojería estaba preparado para detonar 24 horas más tarde.

Black controló todos los instrumentos de a bordo y anunció a través de la radio:

—A punto de partir.

El oficial de pista le hizo señas con un disco y la nave avanzó lentamente hasta situarse en el cabezal de despegue.

Con los motores a la máxima potencia, corrió como un verdadero bólido por la pista y levantó el vuelo.

Cuando sobrepasó los mil quinientos metros de altura, Black accionó los mandos y la nave describió una amplia curva enfilando hacia el otro extremo de la Unión del Oeste, hacia la costa de océano en que se encontraba el siniestro *islote*.

El súper Tek-War S-X era una nave sumamente veloz y estaba provista de todos los adelantos técnicos en materia de aeronáutica. Por este motivo, el direktor Stone lo había elegido para esta misión.

A una velocidad de dos mil kilómetros por hora, Black calculaba que podía llegar a Bloodland alrededor de las 9 de la mañana.

Tendría más de veinte horas para rescatar a Terkra y destruir finalmente la isla. Esperaba que tuviera tiempo suficiente.

Eran las 7 de la mañana cuando la nave sobrevoló Freeport-1 y se dirigió hacia el océano.

Todo iba saliendo de acuerdo con lo previsto.

Black conectó el piloto automático y se echó hacia atrás en el asiento.

Tenía la boca reseca y una opresión en el estómago. Necesitaba descansar y relajar sus músculos y sus nervios. Debía encontrarse en muy buena forma para poder actuar con toda precisión cuando llegara a Bloodland.

Durante las dos horas siguientes el vuelo transcurrió con absoluta normalidad.

El día era de una gran claridad y el sol ya se había elevado en el

horizonte.

Después consultó el tablero de instrumentos.

Volaba a catorce mil metros de altura y a una velocidad de dos mil trescientos treinta kilómetros por hora.

De pronto, Black sintió una leve sacudida, una extraña vibración, como si el aparato hubiera recibido una descarga eléctrica.

Todavía no podía ver el islote, pero Black se dio cuenta que había entrado dentro del campo magnético al que Xkor había hecho referencia.

A medida que iba avanzando la vibración de la nave era más intensa.

Black volvió a mirar el tablero.

Los indicadores no señalaban ningún tipo de anomalía. Los mandos también respondían con toda precisión.

Esta vez el rumbo de la nave no había sido modificado desde la base. No había ninguna interferencia. A Xkor no le interesaba apoderarse del súper Tek-War S-X. Pero tenía que hacer algo, tenía que intentar que Xkor le llevara nuevamente al islote.

Black sabía que le estarían controlando.

El komander conectó el transmisor de la radio y dijo:

—Xkor… Master Xkor… Sé que puede oírme.

Black aguardó durante unos segundos. Nadie le respondía, el silencio era absoluto. Pero, de pronto se oyó un silbido agudo y extraño en el receptor.

—Xkor —insistió nuevamente—. Le habla el komander Steve Black. Sé que me está oyendo. Me dirijo hacia Bloodland. Responda. Tengo que comunicarle algo que seguramente le interesará.

Black volvió a oír el extraño silbido, cada vez más intenso, más agudo. Sus oídos casi no podían soportarlo.

Finalmente una voz inconfundible, fría y metálica se dejó oír:

—Sabía que volveríamos a encontrarnos —dijo Xkor.

—¿Qué se lo hizo suponer así?

—Digamos que se trata sólo de un caso de clarividencia.

A lo lejos, el komander divisó el islote en medio del océano. Entonces dijo:

—Me estoy acercando a la isla, Xkor. Estoy seguro que querrá oír lo que tengo que decirle.

Lo primero que oyó Black como respuesta de Xkor fue una

carcajada, fría, espeluznante. Black no pudo evitar un estremecimiento al escucharla.

—Espero que sea algo interesante, komander —dijo Xkor entre carcajadas.

—Le aseguro que lo es. No le haré perder demasiado tiempo.

Black descendió bruscamente situando la nave a unos mil metros de altura. Se acercaba rápidamente a Bloodland.

—Puedo ver la isla perfectamente —dijo Black—. Dentro de pocos minutos estaré volando sobre ella.

—Lo sé. Le estoy viendo a través de las pantallas.

—Xkor, prepare todo para el aterrizaje.

Black volvió a oír aquella risa fría.

—¿Qué le hace pensar que le recibiré? ¿No se da cuenta de que me es mucho más fácil derribar su nave? No tengo más que apretar un simple botón y…

—No lo hará. Lo sé. Le interesa saber lo que tengo que comunicarle. Para empezar le diré que Douglas le ha traicionado.

Durante unos segundos el silencio fue absoluto.

—¿Qué ha dicho sobre Douglas? —dijo finalmente Xkor.

—Cuando me deje aterrizar se lo diré todo.

—¿Cómo puedo saber que no me engaña?

—Si no le estuviera diciendo la verdad, ¿cree que podría hallarme aquí? Recuerde que estaba en prisión. Me liberaron una vez que el controller Douglas lo confesó todo.

Otra vez lo único que obtuvo por respuesta fue el silencio. Los segundos iban pasando. A Black la espera se le hacía interminable, eterna.

Black comenzó a sobrevolar en círculos alrededor de la sala aguardando una respuesta que demoraba en llegar.

—¡Xkor, conteste!

Pero el silencio continuó. Xkor no respondía.

De pronto, cuando Black ya casi había perdido todas sus esperanzas de entrar en aquella maldita isla, oyó el pitido de alarma proveniente de los instrumentos de control de la nave.

Ya no tenía el control sobre el aparato. Como la vez anterior, le dirigían desde la base.

Black se aferró a su asiento. La nave se dirigía casi en picado hacia el islote. Pudo ver como en el momento preciso la isla se

partía por el medio abriéndose.

La nave entró por la negra boca del túnel.

Segundos después, Black divisó los potentes focos de la pista de aterrizaje y la nave tocó tierra con suavidad. Avanzó por la pista y finalmente, con un rugido de las toberas, terminó por detenerse.

Nuevamente la voz de Xkor se dejó oír a través de la radio.

—Vuelvo a darle la bienvenida a Bloodland, komander. Espero que lo que tenga que decirme sea de interés.

Black no respondió.

—De cualquier manera lo tengo en mis manos —agregó Xkor—. Sea lo que sea lo que tenga que decirme ya sabe cuál será su final.

Black continuó sin decir nada.

—Espero que cuando llegue el momento de hablar sea usted algo más elocuente, komander —dijo Xkor riendo—. Si no, peor para usted. Ahora descienda de la nave con mucho cuidado. Todos sus movimientos están controlados, al menor gesto sospechoso será hombre muerto.

Black tragó saliva y miró a su alrededor.

Por lo menos una treintena de hombres armados y vestidos con túnicas negras rodeaban la nave. Stan se encontraba entre ellos.

Black abrió la portezuela de la cabina y se asomó al exterior con las manos en alto.

Stan le hizo una seña para que descendiese.

Black saltó a tierra y sintió el frío contacto del metal contra su espalda.

Empujándole con los cañones de sus armas, un par de hombres le condujeron hacia unas escaleras.

Black levantó por un momento la vista. Unos cristales rodeaban parte de la pista. Black pudo ver tras ellos a Xkor mirándole.

Black sintió que su piel se erizaba al distinguir la siniestra expresión de aquel rostro.

CAPITULO IX

Steve Black miró a cada uno de los trece hombres que estaban sentados alrededor de la mesa. Vistiendo aquellas extrañas túnicas, parecían miembros de una secta secreta, practicantes de extraños y maléficos ritos.

El komander prefería no pensar en cómo habría sido aquel desconocido planeta llamado Kroño, que merced a quién sabía qué extraña fuerza había desaparecido para siempre.

Tenía frente a él a algunos sobrevivientes que provenían de aquel lugar, y eso era suficiente. Sólo le quedaba esperar que la suerte le acompañara para poder hacer desaparecer, también para siempre, a sus *fieles hijos.*

De pronto, como una terrible aparición, Black se encontró con la siniestra figura de Xkor.

—Se encuentra usted en la Sala de Condenas, komander —dijo Xkor—. Aquí lo que se hace no es juzgar si el acusado es culpable o no. Si alguien se encuentra aquí como acusado ya es culpable. Sí, komander, según nuestras leyes, una simple sospecha, como dirían ustedes los terrícolas, condena automáticamente a una persona, y no importa quién sea el desgraciado.

Black no pudo evitar que su cuerpo se cubriera de pronto de un sudor frío. Pensaba en Terkra temiendo que fuera ya demasiado tarde.

—Por tanto —agregó Xkor—, este lugar está destinado a oír al acusado, si es que tiene algo que decir, y luego se juzga qué tipo de muerte merece.

Black se mantuvo en silencio.

—Le escuchamos, komander —dijo finalmente Xkor—. Y sea breve. Estamos muy ocupados ultimando los detalles para la operación y no podemos perder tiempo con usted.

—Seré breve —dijo Black secamente.

—Bien, hable ya.

El komander carraspeó y luego dijo:

—La dirección de Todos los Ejércitos de mi país está al tanto de vuestros planes. El controller Douglas les ha informado de todo. Y a mí me han encomendado para que solicite vuestra rendición incondicional. En fin, si dentro de nueve horas no obtengo una

respuesta afirmativa Bloodland será destruida.

En la sala se oyó un gran murmullo.

Xkor gritó:

—¡Silencio, imbéciles! ¿No os dais cuenta que es una trampa? Nos temen. Eso es lo que realmente sucede. Nuestra operación seguirá su marcha.

Black intentó replicar.

—Le advierto que...

Un grito de Xkor le interrumpió:

— ¡Sacadlo de aquí! ¡Llevadlo a la cámara de inmersión!

Stan lo cogió por un brazo y lo arrastró fuera de la sala.

Black no opuso resistencia. Mientras descendía las escaleras con un brazo doblado a la espalda, sus labios se curvaron en una extraña sonrisa.

* * *

La oscuridad era absoluta en el interior de la cámara de inmersión. No se podía ver absolutamente nada.

Sin embargo, Black pudo percibir la presencia de otra persona. Un sexto sentido le decía que no estaba solo.

No escuchaba nada, no veía nada, pero estaba seguro de no equivocarse.

—¿Eres tú, Terkra? —preguntó.

—¡Steve! —exclamó ella y Black sintió que unos brazos le rodeaban el cuello.

—No tengas miedo, querida —dijo Black abrazándola fuerte—. Saldremos de aquí.

—¡Es imposible! Esta cámara es hermética. Cuando abran las compuertas el agua subirá y moriremos ahogados.

—Una forma sofisticada de ejecutar a la gente.

—No es broma, Steve —dijo ella extrañada.

Steve sonrió.

—Mantén la calma. Todavía tenemos tiempo de salir de aquí.

Black consultó la esfera luminosa de su reloj. Era la una y treinta minutos.

Rodeó con uno de sus brazos el cálido cuerpo de Terkra y se decidió a esperar.

* * *

Primero fue algo así como un trueno lejano. El trueno se fue haciendo más y más fuerte hasta estallar cerca de sus cabezas.

—¡El agua! —exclamó Terkra—. ¡Han abierto las compuertas!

Black asintió.

Era el ruido característico del agua que avanzaba como en cascada.

Con toda parsimonia, el komander Black se sacó una de las botas e hizo girar el tacón. En un espacio hueco situado entre el tacón y la suela había un extraño aparato. Era una especie de mechero con un agujero en el medio y un botón en uno de sus lados.

Cogió el aparato en la mano y volvió a calzarse.

El agua comenzó a caer en grandes chorros.

Terkra le observaba sorprendida.

—Salgamos de aquí —dijo Black—. O terminaremos por coger una gripe.

Apuntó hacia la puerta con el aparato y apretó el botón que estaba en uno de sus lados. Del agujero que había en el medio salió un potente haz luminoso.

El komander hizo un gran circulo con el láser y la puerta se abrió como si fuese una lata de conservas.

Cogiendo a Terkra de una mano, el komander se dirigió hacia las oscuras escaleras.

—Llévame a la sala de máquinas —dijo Black—. A las ordenadoras que hacen funcionar todo esto.

Terkra señaló hacia el extremo de un pasillo iluminado.

—Por allí —dijo—. Es la última puerta.

Black avanzó hacia donde le había indicado la muchacha. Era una puerta de acero herméticamente cerrada.

El komander accionó nuevamente el arma y cortó el trozo correspondiente al cierre y el dispositivo quedó destruido. Luego empujó la puerta con el tacón de la bota y aquélla se abrió bruscamente.

Xkor estaba de pie junto a las computadoras. Accionaba los botones de un enorme tablero de mandos. Delante de él había una pared de cristal desde la que se dominaba toda la pista de

lanzamiento y los hangares.

—¡Apártese de la máquina, Xkor! —ordenó Black.

Xkor se volvió bruscamente con el rostro desencajado.

—Se cree muy listo, ¿eh komander? —gritó con ira.

—¡Apártese —replicó Black— o dispararé!

Xkor abrió la boca desmesuradamente y estalló en carcajadas.

—Ese juguete suyo —dijo riendo— no me afecta en absoluto. No puede dañarme.

De pronto Black vio ante sus ojos cómo la frágil figura de Terkra saltaba sobre su padre como una fiera salvaje.

La lucha duró unos segundos pero a Black le parecieron horas.

Con el arma de rayos láser aun en sus manos vio cómo Terkra se ponía trabajosamente de pie dejando a Xkor inconsciente en el suelo.

—¡Destruye ya esa maldita máquina! —gritó la muchacha.

Black disparó y una columna de humo comenzó a salir del aparato estallando inmediatamente en llamas.

Un estridente ulular de sirenas comenzó a escucharse por toda la base.

—¡Salgamos de aquí —exclamó Terkra— antes de que sea demasiado tarde!

Black, absorto aún, siguió a la muchacha.

Cogidos de la mano, el komander y Terkra avanzaron por un intrincado laberinto de pasillos.

La humareda era cada vez mayor y las llamas estaban a punto de alcanzar la pista de lanzamiento.

Entonces Black recordó las bombas.

—Terkra —dijo—, esto va a estallar en cualquier momento.

Sin dejar de correr, empujando a la gente que se amontonaba en busca de las salidas de emergencia, Black y Terkra llegaron al pie de unas escaleras.

—Subamos —dijo la muchacha—. Al final de la escalera hay una puerta que da al exterior de la isla.

Comenzaron a trepar las escaleras, pero al llegar al último rellano Black vio una figura enorme, como una sombra negra junto a la puerta.

Cuando la reconoció ya era demasiado tarde.

Stan se lanzó hacia delante con una agilidad felina asombrosa

para su cuerpo.

Black se echó hacia atrás, pero no pudo impedir que el puño de Stan le rozase la barbilla, haciéndole perder el equilibrio.

Arrodillado sobre la plataforma de la escalera, Black vio el robusto cuerpo de su enemigo que se volvía hacia él.

Pero algo le detuvo tirándole hacia atrás y haciéndole caer. Era Terkra que le había alcanzado con un certero golpe en la boca del estómago.

—¡Levántate, bestia inmunda! —dijo la muchacha mirando a Stan con un extraño brillo en los ojos—. Eres sólo una creación de Xkor, mi padre, al cual he vencido. Por tanto debes obedecerme.

Stan, desde el suelo, la observaba con fiereza.

—Puedo ver por tu expresión que no me crees. Está bien. Tú lo has querido así,

. Veloz como un rayo la muchacha cogió a Stan por un tobillo y lo hizo rodar escaleras abajo, como si para ella no pesara más que una pluma.

—Compruébalo por ti mismo —gritó la muchacha dirigiendo su mirada al cuerpo inerte de Stan—, si es que vuelves a levantarte.

De pronto la escalera tembló como si se tratase de un terremoto. Un enorme resplandor iluminó toda la base subterránea.

—¡Las bombas! —exclamó Black y miró hacia lo alto de la escalera.

Les faltaban apenas diez escalones para llegar a la puerta. Cogidos de la mano subieron hasta alcanzarla.

—¿Cómo se abre esto? —gritó Black.

La joven descubrió una pequeña puertecita que había junto a la puerta y accionó una plancha.

Sin perder un segundo, salieron al exterior y corrieron entre las piedras en dirección al embarcadero.

Desde el interior de la isla se escuchaban continuas explosiones.

Black y Terkra atravesaron el pequeño puente de madera y saltaron al interior de una lancha.

El komander puso el motor en marcha y se alejó rápidamente.

En el horizonte se divisaban las primeras luces del amanecer.

Black consultó el reloj de pulsera.

Eran las cuatro y cincuenta y siete minutos.

Enfilando hacia el medio del océano, Black dio la máxima

potencia.

La embarcación parecía volar sobre las olas, distanciándose rápidamente de la costa.

Una explosión atronadora sacudió la isla y de sus entrañas brotó un tremendo resplandor. Luego un humo de color rojizo se elevó hacia el cielo.

Desde la cabina de la lancha, Terkra y Steve contemplaban alucinados el impresionante espectáculo. Era como si todos los demonios del infierno se hubiesen dado cita en el interior de un volcán.

Después sobrevino el silencio.

Un silencio denso, espeluznante.

Steve abrazó a la muchacha apretándola contra él.

—Todo ha terminado, Terkra —le dijo—. Boodland ya no es más que una horrible pesadilla.

Luego, mirándola a los ojos, añadió:

—Pero creo que tú has de explicarme algo…

En los ojos de Terkra había un brillo de lágrimas contenidas.

—Sí, tienes razón… —dijo al final—. Tú ya sabías que soy la hija de Xkor. Poseo parte de sus poderes, pero le había prometido a mi madre que no los utilizaría.

Terkra no pudo seguir hablando y prorrumpió en sollozos. Él le acarició el cabello y susurró en su oído:

—Olvida ya todo eso.

—¿Y los otros terrestres? —preguntó ella estremeciéndose temerosa—. ¿Olvidarán también?

—Claro.

Ella movió la cabeza, negativamente.

—Temo que cuando sepan que soy una de los sobrevivientes de Kroño tratarán de eliminarme…

—No podrán —afirmó Steve—. ¡Yo lo impediré!

Ella le miró con expresión dubitativa, pero esperanzada a la vez, y musitó:

—¿Y podrás hacerlo…?

—Sí. Además, contaremos con el apoyo del direktor Stone. El sabe lo mucho que te debe nuestro mundo. Sin ti, sin tu ayuda, los planes de Xkor se habrían realizado y el género humano habría desaparecido, excepción hecha de los traidores, que se habrían

convertido en esclavos de Xkor.

—Tienes razón, pero el hombre olvida tan fácilmente…

—Yo no, cariño.

Steve cerró con sus labios la boca de Terkra impidiendo así que formulara ninguna otra protesta. Se besaron con intensidad y pasión como si el tiempo pudiera acabarse para ellos.

Al cabo de unos instantes, cuando se separaron sus labios, Terkra miró a Steve con los ojos de una mujer enamorada.

—En mi mundo se decía que los terrestres, los hombres, erais poco menos que animales… Por eso creían que todo les estaba permitido.

Steve sonrió.

—Bien. Tú misma has comprobado que no es así. Xkor y los suyos han fracasado porque se han confiado demasiado. Y es que no llegaron a sospechar de lo que es capaz ese alguien llamado hombre.

En los ojos de la muchacha apareció un brillo especial y, pegándose al cuerpo de Steve, murmuró:

—Demuéstrame de lo que es capaz… Lo deseo…

Steve no se hizo rogar dos veces. La estrechó con fuerza contra su pecho y se apoderó del cuerpo de la mujer, que se le brindaba y ofrecía con todos sus sentidos, porque ella estaba enamorada de él, del luchador incansable, de alguien llamado hombre.

FIN